PREPARACIÓN PARA LA MUERTE (3ª Parte)
San Alfonso Mª de Liborio

DECIMOQUINTA CONSIDERACIÓN

DE LA MALICIA DEL PECADO MORTAL

Filius enutrivi et exaltavi; ipsi autem spreverunt me.
He criado hijos y los he engrandecido, y ellos me han menospreciado.
Is., i, 2.

PUNTO PRIMERO
El pecado es un ultraje hecho a Dios.

¿Qué hace quien comete un pecado mortal?... injuria a Dios, le deshonra y, en cuanto está de su parte, le colma de amargura. Primeramente, el pecado mortal es una ofensa grave que se hace a Dios. La malicia de una ofensa, como dice Santo Tomás, se aprecia atendiendo a la persona que la recibe y a la persona que la hace. una ofensa hecha a un simple particular es, sin duda, un mal; pero es mayor delito si se le hace a una persona de alta dignidad, y mucho más grave si se dirige al rey...

¿Y quién es Dios? es el rey de los reyes (Ap., 17, 14). Dios es la majestad infinita, respecto de la cual todos los príncipes de la tierra y todos los santos y ángeles del cielo son menores que un grano de arena (Is., 40, 15). Ante la grandeza de Dios, todas las criaturas son como si no fuesen (Is., 40, 17). Este es Dios...

Y el hombre, ¿qué es?... responde San Bernardo: «Saco de gusanos, alimento de gusanos que presto le han de devorar». El hombre es un miserable, que nada puede; un ciego, que no sabe ver nada; pobre y desnudo, que nada tiene (Ap., 3, 17). ¿Y este mísero gusanillo se atreve a injuriar a Dios? —dice el mismo San Bernardo—. con razón, pues, afirma el angélico doctor (p. 3, q. 2, a. 2) que el pecado del hombre contiene una malicia casi infinita a causa de la infinita majestad de Dios. Por eso, San Agustín llama, absolutamente, al pecado un mal infinito; de suerte que, aunque todos los hombres y los ángeles se ofrecieran a morir, y aun a aniquilarse, no podrían satisfacer por un solo pecado. Dios castiga el pecado mortal con las terribles

penas del infierno; pero, con todo, ese castigo es, como dicen todos los teólogos, citra condignum, o sea, menor que la pena con que tal pecado debiera castigarse.

Y, en verdad, ¿qué pena bastará para castigar como merece a un gusano que se rebela contra su señor? Sólo Dios es señor de todo, porque es creador de todas las cosas (Es., 13, 9). Por eso, todas las criaturas le obedecen. «Obedécenle los vientos y los mares» (mt., 8, 27). el fuego, el granizo, la nieve y el hielo... ejecutan sus órdenes (sal. 148, 8). Mas el hombre, al pecar, ¿qué hace sino decir a dios: señor, no quiero servirte? El Señor le dice: «No te vengues», y el hombre responde: «Quiero vengarme.» «No tomes los bienes del prójimo», y desea apoderarse de ellos. «Abstente del placer impuro», y no se resuelve a privarse de él. El pecador dice a Dios lo que decía el impío faraón cuando Moisés le intimó la orden divina de que diese libertad al pueblo de Israel... aquel temerario respondió: ¿quién es el Señor para que yo obedezca su voz?... «No conozco al Señor» (Ex., 5, 2). pues lo mismo dice el pecador: Señor, no te conozco; hacer quiero lo que me plazca. En suma: ante Dios mismo le pierde el respeto y se aparta de él, que esto es propiamente el pecado mortal: la acción con que el hombre se aleja de Dios. De esto se lamenta el Señor, diciendo: ingrato fuiste, «tú me has abandonado»; yo jamás me hubiera apartado de ti; «tú te has vuelto atrás». Dios declaró que aborrecía el pecado; de suerte que no puede menos de aborrecer al que lo comete (Sb., 14, 9). y el hombre, al pecar, se atreve a declararse enemigo de Dios y a combatir frente a frente contra él.

¿Qué dirías si vieses a una hormiga que quisiera pelear con un soldado?... Dios es aquel omnipotente señor que con sólo querer sacó de la nada el cielo y la tierra (2 Mac., 7, 28). y si quisiera, a una señal suya, podría aniquilarlo todo. El pecador, cuando consiente en el pecado, levanta la mano contra Dios, y «con erguido cuello», es decir, con soberbia, corre a ofender a Dios; ármase de gruesa cerviz (jb., 15, 25) (símbolo de ignorancia), y exclama: «¿qué gran mal es el pecado que hice?... Dios es bueno y perdona a los pecadores...» ¡qué injuria!, ¡qué temeridad!, ¡qué ceguedad tan grande! S. Tom., p. 1, q. 24, a.4.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Heme aquí, Dios mío! a vuestros pies está el rebelde temerario que tantas veces en vuestra presencia se atrevió a perderos el respeto y a huir de vos; pero ahora imploro vuestra piedad. Vos, Señor, dijisteis: clama a mí y te oiré. Reconozco que el infierno es poco castigo para mí; mas sabed, Señor, que tengo mayor dolor de haberos ofendido, ¡oh Bondad infinita!, que si hubiese perdido todos mis bienes y aun la misma vida. Perdonadme, Señor, y no

permitáis que vuelva a ofenderos. Me habéis esperado, a fin de que os amase y bendijese para siempre vuestra misericordia. Yo os amo y bendigo, y espero que por los merecimientos de mi Señor Jesucristo jamás abandonaré vuestro amor. Este amor vuestro me libró del infierno. Él me librará del pecado en lo por venir. Gracias mil os doy por estas luces y por el deseo que me dais de amaros siempre. tomad, pues, posesión de todo mi ser, alma, cuerpo, potencias, sentidos, voluntad y libertad. Tuyo soy, sálvame (sal., 118, 94). Vos, que sois el único bien, lo único amable, sed mi amor. Dadme fervor vivísimo para amaros, pues ya que tanto os ofendí, no me puede bastar el vulgar amor, sino que deseo amaros mucho para reparar las ofensas que os hice. De Vos, que sois omnipotente, espero alcanzarlo...

También, ¡oh María!, lo espero de vuestras oraciones, que son omnipotentes para con Dios.

PUNTO SEGUNDO
El pecado mortal deshonra a Dios

El pecador no sólo injuria a Dios, sino que también le deshonra. Dice San Pablo: «Traspasando la ley deshonras a Dios». Por un miserable placer, menosprecia y huella la amistad de Dios. Si el hombre perdiese esta soberana amistad por ganar un reino, y aun todo el mundo, haría, sin embargo, un inmenso mal, pues la amistad de Dios vale más que el mundo y que mil mundos. Mas ¿por qué se ofende a Dios? (Sal., 10, 13). por un puñado de tierra, por un rapto de ira, por un brutal placer, por humo, por capricho (Ez., 13, 19). apenas el pecador comienza a deliberar consigo mismo si dará o no consentimiento al pecado, entonces, por decirlo así, toma en sus manos la balanza y se pone a considerar qué cosa pesa más, si la gracia de Dios de la ira, el humo, el placer... y cuando luego da el consentimiento, declara que para él vale más aquel humo o aquel placer que la divina amistad. ved, pues, a Dios menospreciado por el pecador. David, considerando la grandeza y majestad de Dios, exclamaba (Sal. 34, 10): «Señor, ¿quién es semejante a Ti?» Mas Dios, al contrario, viéndose comparado por los pecadores a una satisfacción vilísima y pospuesto a ella, les dice (Is., 40, 25): «¿A quién me habéis asemejado e igualado?» «¿de suerte —exclama el Señor— que aquel placer vale más que mi gracia?» No habrías pecado si, al pecar, debieras haber perdido una mano, o diez ducados, o quizá menos. De modo, dice Salviano, que sólo Dios es tan vil a tus ojos, que merece ser pospuesto a un rapto de cólera, a un mísero deleite.

Además, cuando el pecador, por cualquier placer suyo, ofende a Dios, hace que tal placer se convierta en su Dios, porque en aquél pone su fin. Así, dice San Jerónimo: «Lo que alguien desea, si lo venera es para él un Dios». Vicio en el corazón, es ídolo en altar. Por lo mismo, dice Santo Tomás: «Si amas los deleites, éstos son tu Dios.» y San Cipriano: «Todo cuanto el hombre antepone a Dios lo convierte en su Dios.» Cuando Jeroboán se rebeló contra el Señor, procuró llevar consigo el pueblo a la idolatría, y le presentó sus ídolos, diciendo (1 r., 12, 28): «Aquí tienes, Israel, a tus dioses.» Así procede el demonio: ofrece al pecador los placeres, y le dice: «¿qué quieres hacer de Dios?... Ve aquí al tuyo; esta pasión, este deleite. acéptalo y abandona a Dios.» Y si el pecador consiente, eso mismo hace: adora en su corazón el placer como a Dios. « vicio en el corazón, es ídolo en altar.» Y si a lo menos los pecadores no deshonrasen a Dios en presencia de él mismo!... mas no; le injurian y deshonran cara a cara, porque Dios está presente en todo lugar (Ser., 23, 24). El pecador lo sabe. ¡Y con todo, se atreve a provocar al Señor en la misma presencia divina! (is., 65, 3).

AFECTOS Y PETICIONES

vos sois, pues, señor, el bien infinito, y os he cambiado muchas veces por un vil deleite, que desaparece apenas gozado. Mas vos, aunque tanto os desprecié, me ofrecéis ahora el perdón, si le quiero aceptar, y me prometéis recibirme en vuestra gracia si me arrepiento de haberos ofendido. Sí, Señor mío, duéleme de todo corazón de tanta ofensa y aborrezco mis pecados más que todos los males. Ahora vuelvo a vos, y espero que me recibiréis y abrazaréis como a un hijo. gracias mil os doy, ¡oh Infinita Bondad! ayudadme, Señor, y no permitáis que os aleje nuevamente de mí. No dejará el infierno de ofrecernos tentaciones; pero Vos sois más poderoso que él. Bien sé que no me apartaré jamás de Vos si a Vos siempre me encomiendo. Tal es la gracia que os demando: que siempre me encomiende a Vos y os ruegue como ahora, diciendo: Señor, ayudadme, dadme luz, fuerza, perseverancia... dadme la gloria y, sobre todo, concededme vuestro amor, que es la verdadera gloria del alma. Os amo, bondad infinita, y quiero amaros siempre. Oídme, por el amor de Cristo Jesús...

¡Oh María, refugio de los pecadores, socorred a un pecador que quiere amar a Dios!

PUNTO TERCERO
El pecador contrista el corazón de Dios

El pecador injuria, deshonra a Dios y, además, en cuanto es de su parte, le colma de amargura, pues no hay amargura más sensible que la de verse pagado con ingratitud por una persona amada y en extremo favorecida. ¿Y a qué se atreve el pecador?... Ofende a un Dios que le creó y le amó tanto, que dio por su amor la sangre y la vida. Y el hombre le arroja de su corazón al cometer un pecado mortal. Dios habita en el alma que le ama. «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn., 14, 23). Notad la expresión haremos morada. Dios viene a esa alma y en ella fija su mansión: de suerte que no la deja, a no ser que el alma le arroje de sí. «No abandona si no es abandonado», Como dice el Concilio de Trento. Y puesto que vos sabéis, Señor, que aquel ingrato ha de arrojaros de sí, ¿Por qué no le dejáis desde luego? Abandonadle, partid antes que se os haga esa gran ofensa... no, dice el Señor; no quiero dejarle, sino esperar a que él mismo me despida. De suerte que, apenas el alma consiente en el pecado, dice a su Dios (Jb., 21, 14): Señor, apartaos de mí. No lo dice con palabras, sino con hechos, como advierte San Gregorio: «Harto sabe el pecador que Dios no puede vivir con el pecado». Bien ve que si peca tiene Dios que apartarse de él. De modo que, en rigor, le dice: ya que no podéis estar con mi pecado y habéis de alejaros de mí, idos cuando os plazca. Y al despedir a Dios del alma hace que en seguida entre el enemigo a tomar posesión de ella. Por la misma puerta por donde sale Dios entra el demonio. «Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro y moran allí» (Mt., 12, 45). Cuando se bautiza a un niño, el sacerdote exorciza al enemigo diciéndole: «Sal de aquí, espíritu inmundo, y da lugar al Espíritu Santo»; porque aquella alma del bautizado, al recibir la gracia, se convierte en templo de Dios (1 co., 3, 16). Pero cuando el hombre consiente en pecar, efectúa precisamente lo contrario, diciendo a Dios, que estaba en su alma: «Sal de aquí, Señor, y da lugar al demonio.» De esto se lamentaba el Señor con Santa Brígida cuando le dijo que, al despedirle el pecador, procedía como si quitase al rey su propio trono: «Soy como un rey arrojado de su propio reino; y en mi lugar se elige a un pésimo ladrón.»

¿Qué pena no sentiríais si recibieseis grave ofensa de alguien a quien hubieseis favorecido mucho? Pues esa misma pena causáis a Dios, que llegó hasta dar su vida por salvaros. Clama el Señor a la tierra y al cielo para que le compadezcan por la ingratitud con que le tratan los pecadores: «Oíd, ¡oh cielos!, y tú, ¡oh tierra!, escucha... Hijos creé y engrandecí.., pero ellos me

despreciaron» (Is., 1, 2). en suma, los pecadores afligen con sus pecados al corazón del Señor... (Is., 63, 10). Dios no puede sentir dolor; pero —como dice el Padre Medina;— si fuese posible que le sintiera, sólo un pecado mortal bastaría para hacerle morir, por la infinita pesadumbre que le causaría. Ssí, pues, afirma San Bernardo, «El pecado, por cuanto en sí es, da muerte a Dios». De manera que los pecadores, al cometer un pecado mortal, hieren, por decirlo así, a su Señor, y nada omiten para quitarle la vida, si pudieran. y según dice San Pablo (He., 10, 29), pisotean al Hijo de Dios, y desprecian todo lo que Jesucristo hizo y padeció para quitar el pecado del mundo.

AFECTOS Y PETICIONES

¿De suerte, Redentor mío, que cuantas veces pequé os arrojé de mi alma y puse por obra todo lo que bastara para daros muerte si pudieseis morir? Oigo, Señor, que me decís: «¿Qué te hice o en qué te contristé, para que tanto me hayas contristado?...» ¿Me preguntáis, Señor, qué mal me habéis hecho?... Me disteis el ser, y habéis muerto por mí: ¡ tal es el mal que hicisteis!... ¿Qué he de responderos?... Os digo, Señor, que merezco mil veces el infierno, y que muy justamente pudierais mandarme a él. Pero acordaos de aquel amor que os hizo morir por mí en la cruz; acordaos de la sangre que por mi amor derramasteis, y tened compasión de mi... mas ya entiendo, Señor que estáis a la puerta de mi corazón (de este corazón que os arrojó de sí) y que llamáis con vuestras inspiraciones para entrar en él, pidiéndome que os abra... (Ap., 3, 20; Cant., 5,2), sí, Jesús mío; yo me aparto del pecado; duéleme de todo corazón de haberos ofendido y os amo sobre todas las cosas. Entrad, amor mío; abierta tenéis la puerta; entrad, y no os apartéis jamás de mí. Abrasadme con vuestro amor, y no permitáis que de vos vuelva a separarme... no, Dios mío, nunca volvamos a separarnos. Os abrazo y estrecho a mi corazón... Dadme Vos la santa perseverancia...

¡María, madre mía, socorredme siempre, rogad por mi a Jesús y alcanzadme que jamás pierda yo su santa gracia!



DECIMOSEXTA CONSIDERACIÓN

DE LA DIVINA MISERICORDIA

Superexaltat autem
misericordia iudícium.
La misericordia
triunfa sobre el juicio.
Sant., 2, 13.

PUNTO PRIMERO
Dios misericordioso espera al pecador.

La bondad es comunicativa por naturaleza; de suyo tiende a compartir sus bienes con los demás. dios, que por su naturaleza es la bondad infinita, siente vivo deseo de comunicarnos su felicidad, y por eso propende más a la misericordia que al castigo. «castigar —dice Isaías— es obra ajena a las inclinaciones de la divina voluntad.» «se enojará para hacer su obra (ó venganza), obra que es ajena de el, obra que es extraña a él» (is., 28, 21). y cuando el Señor castiga en esta vida es para ser misericordioso en la otra (Sal. 59, 3). muéstrase airado con el fin de que nos enmendemos y aborrezcamos el pecado (Sal. 5). y si nos castiga es porque nos ama, para librarnos de la eterna pena (Sal. 6). ¿Quién podrá admirar y alabar suficientemente la misericordia con que dios trata a los pecadores, esperándolos, llamándolos, acogiéndolos cuando vuelven a él?... y ante todo, ¡qué gracia valiosísima nos concede dios al esperar nuestra penitencia!...cuando le ofendiste, hermano mío, podía el Señor enviarte la muerte, y, sin embargo, te esperó; y en vez de castigarte, te colmó de bienes y te conservó la vida con su paternal providencia. hacía como si no viera tus pecados, a fin de que te convirtieses (Sb., 11, 24). ¿y cómo, Señor, vos, que no podéis ver un solo pecador, veis tantos y calláis? ¿miráis aquel deshonesto, aquel vengativo, a ese blasfemo, cuyos pecados se aumentan de día en día, y no los castigáis? ¿por qué tanta paciencia?... Dios espera al pecador a fin de que se arrepienta, para poder de ese modo perdonarle y salvarle (Is., 30, 18). dice Santo Tomás que todas las criaturas, el fuego, el agua, la tierra, el aire, por natural instinto se aprestan a castigar al pecador por las ofensas que al creador hace; pero Dios, por su misericordia, las detiene... Vos, Señor, aguardáis al impío para que se enmiende; mas ¿no veis que el ingrato se vale de vuestra piedad para ofenderos? (Is., 26, 15). ¿Por

qué tal paciencia?... Porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve (Ez., 33, 11).

¡Oh paciencia de Dios! dice San Agustín que si Dios no fuese Dios, parecería injusto, atendiendo a su demasiada paciencia para con el. Porque espera que se valga el hombre de aquella paciencia para más pecar, diríase que es en cierto modo una injusticia contra el honor divino. «Nosotros pecamos —sigue diciendo el mismo santo—, nos entregamos al pecado (algunos firman paces con el pecado, duermen unidos a él meses y años enteros), nos regocijamos del pecado (pues no pocos se glorían de sus delitos), ¿y Vos estáis aplacado?... nosotros os provocamos a ira, y Vos a misericordia.» Parece que a porfía combatimos con Dios; nosotros, procurando que nos castigue; Él, invitándonos al perdón.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Señor y Dios mío! Reconozco que soy digno de estar en el infierno (Jb., 17, 13). mas por vuestra misericordia no me hallo en él, sino postrado a vuestros pies, y conociendo vuestro precepto con que me mandáis que os ame. «¡Ama al Señor tu Dios!» (Mat. 22, 37). Me decís que queréis perdonarme si me arrepiento de las ofensas que os he hecho...

Sí, Dios mío; ya que deseáis que os ame, aunque soy un vil rebelde contra vuestra soberana majestad, os amo con todo mi corazón, y me duelo de haberos ofendido más que de cualquier otro mal en que hubiera podido incurrir. Iluminadme, pues, ¡Oh Bondad Infinita!, y dadme a conocer la horrenda malicia de mis culpas. no; no resistiré más a vuestra voz, ni volveré a injuriar a un Dios que tanto me ama, y que tantas veces y con tanto amor me habéis perdonado... ¡Ah, si nunca os hubiera ofendido, Jesús de mi alma! Perdonadme y haced que de hoy en adelante a nadie ame más que a vos, que sólo viva para vos, que moristeis por mí, y que sólo por vuestro amor padezca, ya que por mí tanto padecisteis. Eternamente me habéis amado, concededme que por toda la eternidad arda yo en vuestro amor. Todo lo espero, ¡Oh Salvador mío!, de Vuestros infinitos merecimientos.

En Vos confío, Virgen Santísima, pues con vuestra intercesión me habéis de salvar.

PUNTO SEGUNDO
Dios misericordioso llama al pecador penitencia.

Consideramos, además, la misericordia de Dios cuando llama al pecador a penitencia... Rebelóse Adán contra Dios, y ocultóse después. Mas el Señor, que veía perdido a Adán, iba buscándole, y casi sollozando le llamaba: «Adán, ¿dónde estás?...» (Gn., 3, 9). «Palabras de un padre —dice el P. Pereira— que busca al hijo que ha perdido.» Lo mismo ha hecho dios contigo muchas veces, hermano mío. Huías de Dios, y Dios te buscaba, ora con inspiraciones, ora con remordimientos de conciencia, ya por medio de pláticas santas, ya con tribulaciones o con la muerte de tus deudos y amigos. No parece sino que, hablando de ti, exclamara Jesucristo: «casi perdí la voz, hijo mío, a fuerza de llamarte» (Sal. 68, 4). «Considerad, pecadores —dice Santa Teresa— que, os llama aquel Señor que un día os ha de juzgar.»

¿Cuántas veces, cristiano, te mostraste sordo con el Dios que te llamaba? Harto merecías que no te llamase más. Pero tu Dios no deja de buscarte, porque quiere, para que te salves, que estés en paz con Él... ¿Quién es el que te llama? un Dios de infinita majestad. ¿Y qué eres tú sino un gusano miserable y vil?... ¿Y para qué te llama? No más que para restituirte la vida de la gracia, que tú habías perdido. Convertíos y vivid (Ez., 18, 32). Con el fin de recuperar la divina gracia, poco haría cualquiera aunque viviese por toda su vida en el desierto. Pero Dios te ofrecía darte de nuevo su gracia en un momento, y tú la rechazaste. Y con todo, Dios no te ha abandonado, sino que se acerca a ti y te busca solícito, y lamentándose te dice: «¿Por qué, hijo mío, quieres condenarte» (Ez., 18, 31).

Siempre que el hombre comete un pecado mortal, arroja de su alma a Dios. Pero el Señor ¿qué hace?... Llégase a la puerta de aquel ingrato, y clama (Ap., 3, 20); pide al alma que le deje entrar (Cant., 5, 2), y ruega hasta cansarse (Serm., 15, 6). sí, dice San Dionisio Areopagita; Dios, como amante despreciado, busca al pecador y le suplica que no se pierda. Y eso mismo manifestó San Pablo (2 Co., 5, 20) cuando escribía a sus discípulos: «Os rogamos por Cristo que os reconciliéis con Dios.» Bellísima es la consideración que sobre este texto hace San Juan Crisóstomo: «El mismo Cristo —dice— os ruega... ¿Y qué os ruega? Que os reconciliéis con Dios. De suerte que Él no es enemigo vuestro, sino vosotros de Él.» Con lo cual manifiesta el santo que no es el pecador quien ha de esforzarse en conseguir que Dios se mueva a reconciliarse con él, sino que basta con que se resuelva a

aceptar la amistad divina, puesto que él y no Dios es quien se niega a hacer la paz.

Ah! Este bondadosísimo Señor acércase sin cesar a los innumerables pecadores y les va diciendo: «¡Ingratos! No huyáis de Mí... ¿Por qué huís? decídmelo. Yo deseo vuestro bien, y sólo procuro haceros dichosos... ¿Por qué queréis perderos?» ¿Y Vos, Señor, qué es lo que hacéis? ¿Por qué tanta paciencia y tanto amor para con estos rebeldes? ¿Qué bienes esperáis de ellos? ¿Qué honra buscáis mostrándoos tan apasionado de estos viles gusanos de la tierra que huyen de vos? «¿Qué cosa es el hombre para que le engrandezcas?... O ¿Por qué pones sobre él tu corazón?» (Jb., 7, 17).

AFECTOS Y PETICIONES

Aquí tenéis, Señor, a vuestras plantas un ingrato que os pide misericordia: Padre mío, perdonadme. Os llamo Padre, porque Vos queréis que os llame así. No merezco compasión, porque cuanto más bondadoso fuisteis para conmigo, tanto más ingrato fui yo con Vos. Por esa misma bondad que os movió, Dios mío, a no desampararme cuando yo huía de vos, recibidme ahora que a Vos vuelvo. Dadme, Jesús mío, gran dolor de las ofensas que os hice, y con él vuestro beso de paz. Me arrepiento, sobre todo, de las ofensas que os hice, y las detesto y abomino, uniendo este aborrecimiento al que sentisteis Vos, ¡oh Redentor mío!, en el huerto de Getsemaní. Perdonadme, pues, por los merecimientos de la preciosa sangre que por mí en aquel huerto derramasteis, y yo os ofrezco resueltamente nunca más apartarme de vos y arrojar de mi corazón todo afecto que para vos no sea. Jesús, amor mío, os amo sobre todas las cosas, quiero amaros siempre y no amar más que a Vos. pero dadme, Señor, fuerza para lograrlo. hacedme enteramente vuestro.

¡Oh María, mi esperanza, Madre de misericordia, compadeceos de mí y rogad por mí a Dios!

PUNTO TERCERO
Dios misericordioso acoge al pecador arrepentido.

A veces los príncipes de la tierra desdeñan mirar a los vasallos que acuden a implorar perdón. mas no procede así Dios con nosotros. «No os volverá el rostro si contritos acudiereis a Él» (2 c., 30, 9). No; Dios no oculta su rostro a los que se convierten. Antes bien, Él mismo los invita y les promete recibirlos

apenas lleguen... (Jer., 3, 1; zac., 1, 3). ¡Oh, con cuánto amor y ternura abraza Dios al pecador que vuelve a Él! claramente nos lo enseñó Jesucristo con la parábola del buen pastor (Lc., 15, 5), que, hallando la ovejuela perdida, la pone amorosamente sobre sus hombros, y convida a sus amigos para que con él se regocijen (Lc., 15, 6). Y San Lucas añade (Lc., 15, 7): «Habrá gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia.» Lo mismo significó el Redentor con la parábola del hijo pródigo, cuando declaró que Él es aquel padre que, al ver que regresa el hijo perdido, sale a su encuentro, y antes que le hable, le abraza y le besa, y ni aun con esas tiernas caricias puede expresar el consuelo que siente.

Llega el Señor hasta asegurar que, si el pecador se arrepiente, Él se olvidará de los pecados, como si jamás aquél le hubiera ofendido. No repara en decir «Venid y acusadme —dice el Señor (Is., 1, 18; Ez, 18, 21-22)—; si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos; o sea: «venid, pecadores, y si no os perdono, reprendedme y tratadme de infiel...» Mas no, que Dios no sabe despreciar un corazón que se humilla y se arrepiente (Sal. 50, 19). Gloríase el Señor en usar de misericordia, perdonando a los pecadores (Is., 30, 18). ¿Y cuándo perdona?... al instante (Is., 30, 19). Pecador, dice el profeta, no tendrás que llorar mucho. en cuanto derrames la primera lágrima, el Señor tendrá piedad de ti (Is., 30, 19). No procede Dios con nosotros como nosotros con él. Dios nos llama, y nosotros no queremos oír. Dios, no. Apenas nos arrepintamos, y le pedimos perdón, el Señor nos responde y perdona.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Oh Dios mío! ¿Contra quién me he atrevido a resistir?... Contra Vos, Señor, que sois la bondad misma, y me habéis creado y habéis muerto por mí, y me habéis conservado, a pesar de mis repetidas traiciones... La sola consideración de la paciencia con que me habéis tratado debiera bastar para que mi corazón viviese siempre ardiendo en vuestro amor. ¿Quién hubiera podido sufrir las ofensas que os hice, como las sufristeis vos? ¡Desdichado de mí si volviese a ofenderos y me condenase. ¡Esa misericordia con que me favorecisteis sería para mí, ¡oh Dios!, un infierno más intolerable que el infierno mismo. No, Redentor mío; no permitáis que vuelva a separarme de Vos. Antes morir... veo que vuestra misericordia no puede ya sufrir mi maldad. Pero me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido; os amo con todo mi corazón y propongo entregaros por completo la vida que me resta... Oídme, Eterno Padre, y por los merecimientos de Jesucristo concededme la santa

perseverancia y vuestro santo amor. Oídme, Jesús mío, por la sangre que derramasteis por mí: te ergo quaesumus tuis famulis subveni, quos praetioso sanguine redemisti.

¡Oh María!, Madre mía, vuelve a mí tus ojos misericordiosos: illos tuos misencordes óculos ad me converte; y úneme enteramente a Dios.

DECIMOSEPTIMA CONSIDERACIÓN

ABUSO DE LA DIVINA MISERICORDIA

Ignoras quoniam benignitas Dei ad poenitentiam te adducit?
¿No sabes que la benignidad de Dios te convida a penitencia?

Ro., 2, 4.

PUNTO PRIMERO
El que abusa de la misericordia de Dios excita su cólera.

Refiere San Mateo, en el capítulo XIII de su Evangelio la parábola de la cizaña, y dice que, habiendo crecido en un campo esa mala hierba mezclada con el buen grano, querían los criados ir a arrancarla. pero el amo les replicó: «dejadla crecer: después la arrancaremos para echarla al fuego» (Ma., 13, 29, 30). De esta parábola se deduce, por una parte, la paciencia de Dios para con los pecadores, y por otra, su rigor con los obstinados. Dice San Agustín que el enemigo engaña de dos maneras a los hombres: «con desesperación y con esperanza.» Cuando el pecador ha pecado ya, le mueve a desesperarse por el temor de la divina justicia; pero antes de pecar le anima a que caiga en tentación por la esperanza de la divina misericordia. Por eso el santo nos amonesta diciendo: «después del pecado ten esperanza en la misericordia; antes del pecado teme la divina justicia.» Y así es, en efecto. Porque no merece la misericordia de Dios el que se sirve de ella para ofenderle. La misericordia se usa con quien teme a Dios, no con quien la utiliza para no temerle. El que ofende a la justicia —dice el Abulense—, puede acudir a la misericordia; mas el que ofende a la misericordia, ¿a quién acudirá?

Difícilmente se hallará un pecador tan desesperado que quiera expresamente condenarse. Los pecadores quieren pecar, mas sin perder la esperanza de

salvación. pecan, y dicen: Dios es la misma bondad; aunque ahora peque, yo me me confesaré más adelante. Asi piensan los pecadores, dice San Agustín (Trac., 33, in Jn.). pero, ¡oh Dios mío!, así pensaron muchos que ya están condenados.

«No digas —exclama el Señor— la misericordia de Dios es grande: mis innumerables pecados, con un acto de contrición me serán perdonados» (Ecl., 5, 6). no habléis así —nos dice el señor—. ¿Y por qué? «porque su ira está tan pronta como su misericordia; y su ira mira a los pecadores» (Ecl., 5, 7). La misericordia de Dios es infinita; pero los actos de ella, o sea los de conmiseración, son finitos. Dios es clemente, pero también justo. «Soy justo y misericordioso; —dijo el Señor a Santa Brígida—, y los pecadores sólo atienden a la misericordia.» «Los pecadores —escribe San Basilio— no quieren ver más que la mitad.» «Bueno es el Señor; pero, además, es justo. No queramos considerar únicamente una mitad de Dios.» Sufrir al que se sirve de la bondad de Dios para más ofenderle —decía el Santo Ávila—, antes fuera injusticia que misericordia. La clemencia fue ofrecida al que teme a Dios, no a quien abusa de ella. Et misericordia ejus timentibus eum, como exclamaba en su cántico la Virgen Santísima. A los obstinados los amansa la justicia, porque, como dice San Agustín, la veracidad de Dios resplandece aun en sus amenazas.

«Guardaos— dice San Juan Crisóstomo— cuando el demonio (no Dios) os promete la divina misericordia con el fin de que pequéis.» «¡Ay de aquel— añade San Agustín— que para pecar atiende a la esperanza!...(In Sal. 144). ¡A cuántos ha engañado y perdido esa vana ilusión!. ¡Desdichado del que abusa de la piedad de Dios para ofenderle más!... Lucifer —como afirma San Bernardo— fue con tan asombrosa presteza castigado por Dios, porque al rebelarse esperaba que no recibiría castigo. El rey Manases pecó; convirtióse luego, y Dios le perdonó. Mas para Amón, su hijo, que, viendo cuan fácil había conseguido el perdón su padre, llevó mala vida con esperanza de ser también perdonado, no hubo misericordia. Por esa causa —dice San Juan Crisóstomo— se condenó Judas, porque se atrevió a pecar confiado en la benignidad de Jesucristo. En suma: si Dios espera con paciencia, no espera siempre. Pues si el Señor siempre nos tolerase, nadie se condenaría; pero la opinión más común es que la mayor parte de los cristianos adultos se condena. «Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él» (Mt., 7, 13).

Quien ofende a Dios, fiado en la esperanza de ser perdonado, «es un escarnecedor y no un penitente» —dice San Agustín—. por otra parte, nos afirma San Pablo que «Dios no puede ser burlado» (ga., 6, 7). Y sería burlarse de Dios el ofenderle siempre que quisiéramos y luego ir a la gloria. Quien siembra pecados no ha de esperar otra cosa que el eterno castigo del infierno (Gal., 6, 8). La red con que el demonio arrastra a casi todos los cristianos que se condenan es, sin duda, ese engaño con que los seducía diciéndoles: pecad libremente, que a pesar de todo ello os habéis de salvar. Mas el Señor maldice al que peca esperando perdón . La esperanza después del pecado, cuando el pecador de veras se arrepiente, es grata a Dios; pero la de los obstinados le es abominable (Jb., 11, 20). Semejante esperanza provoca el castigo de Dios, así como provocaría a ser castigado el siervo que ofendiese a su señor precisamente porque éste es bondadoso y amable.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! ¡mirad cómo soy uno de los que os han ofendido porque erais bueno con ellos!... ¡Oh Señor!, esperadme aún. No me abandonéis todavía, que yo espero, con el auxilio de vuestra gracia, no provocaros mas a que me dejéis. Me arrepiento, ¡Oh bondad infinita!, De haberos ofendido y de haber tanto abusado de vuestra paciencia. Os doy gracias porque hasta ahora me habéis tolerado; y de hoy en adelante no volveré a ser, como he sido, un miserable traidor. Os amo sobre todas las cosas; aprecio vuestra gracia más que a todos los reinos del mundo, y antes que perderla preferiría perder mil veces la vida. Dios mío, por amor de Jesucristo, concededme, con vuestro santo amor, el don de la perseverancia hasta la muerte. no permitáis que de nuevo os haga traición ni deje de amaros.

Vos, Virgen María, en quien espero siempre, alcanzadme la perseverancia final, y nada más pido.

PUNTO SEGUNDO
El que abusa de la misericordia de Dios para pecar merece ser de Él abandonado.

Dirá, quizá, alguno: «Puesto que Dios ha tenido para mi tanta clemencia en lo pasado, espero que la tendrá también en lo venidero.» mas yo respondo: «y por haber sido Dios tan misericordioso contigo, ¿quieres volver a ofenderle?»

«¿de ese modo —dice San Pablo— desprecias la bondad y paciencia de Dios? ¿ignoras que si el Señor te ha sufrido hasta ahora no ha sido para que sigas ofendiéndole, sino para que te duelas del mal que hiciste?» (Ro., 2, 4). y aun cuando tú, fiado en la divina misericordia, no temas abusar de ella, el Señor te la retirará. «Si vosotros no os convirtiereis, entensará su arco y le preparará (sal. 7, 13). Mía es la venganza, y yo les daré el pago a su tiempo (Dt., 32, 35). Dios espera; mas cuando llega la hora de la justicia, no espera más y castiga.

Aguarda Dios al pecador a fin de que se enmiende (Is., 30, 18); pero al ver que el tiempo concedido para llorar los pecados sólo sirve para que los acreciente, válese de ese mismo tiempo para ejercitar la justicia (Lm., 1, 15). de suerte que el propio tiempo concedido, la misma misericordia otorgada, serán parte para que el castigo sea más riguroso y el abandono más inmediato. «Hemos medicinado a Babilonia y no ha sanado. Abandonémosla» (Jer., 51, 9). ¿Y cómo nos abandona Dios? O envía la muerte al pecador, que así muere sin arrepentirse, o bien le priva de las gracias abundantes y no le deja más que la gracia suficiente, con la cual, si bien podría el pecador salvarse, no se salvará. Obcecada la mente, endurecido el corazón, dominado por malos hábitos, será la salvación moralmente imposible; y así seguirá, si no en absoluto, a lo menos moralmente abandonado. «Le quitará su cerca, y será talada...» (is., 5, 5). ¡Oh, qué castigo! triste señal es que el dueño rompa el cercado y deje que en la viña entren los que quisieren, hombres y ganados: prueba es de la abandona. Así, Dios, cuando deja abandonada un alma, le quita la valla del temor, de los remordimientos de conciencia, la deja en tinieblas sumida, y luego penetran en ella todos los monstruos del vicio (Sal. 103, 20). El pecador, abandonado en esa oscuridad, lo desprecia todo: la gracia divina, la gloria, avisos, consejos y excomuniones; se burlará de su propia condenación (Pr., 18, 3). Le dejará Dios en esta vida sin castigarle, y en esto consistirá su mayor castigo. «Apiadémonos del impío...; no aprenderá (jamás) justicia» (Is. 26, 10). Refiriéndose a ese pasaje, dice San Bernardo: «No quiero esa misericordia, más terrible que cualquier ira». Terrible castigo es que Dios deje al pecador en sus pecados y, al parecer, no le pida cuenta de ellos (Sal. 10, 4). Diríase que no se indigna contra él (Ez., 16, 42) y que le permite alcanzar cuanto de este mundo desea (Sal. 80, 13). ¡Desdichados los pecadores que prosperan en la vida mortal! ¡Señal es de que Dios espera a ejercitar en ellos su justicia en la vida eterna! Pregunta Jeremías (Jer., 12, 1): «¿Por qué el camino de los impíos va en prosperidad?» y responde enseguida (Jer., 12, 3): «congrégalos como el rebaño para el matadero.» No hay, pues, mayor castigo que el de que Dios permita al pecador añadir pecados a pecados, según lo que dice David (Sal. 68, 28-29): «Ponles maldad sobre

maldad. .. borrados sean del libro de los vivos»; acerca de lo cual dice San Belarmino: «No hay castigo tan grande como que el pecado sea pena del pecado.» más le valiera a alguno de esos infelices que cuando cometió el primer pecado el señor le hubiera hecho morir; porque muriendo después, padecerá tantos infiernos como pecados hubiere cometido.

AFECTOS Y PETICIONES

Bien veo, Dios mío, que en este miserable estado he merecido que me privaseis de vuestras luces y gracias. Mas por la inspiración que me dais, y oyendo que me llamáis a penitencia, reconozco que todavía no me habéis abandonado. y puesto que así es, acrecentad, Señor mío, vuestra piedad en mi alma, aumentadme la divina luz y el deseo de amaros y serviros. Transformadme, ¡oh Dios mío!, y de traidor y rebelde que fui, mudadme en fervoroso amante de vuestra bondad, a fin de que llegue para mí el venturoso día en que vaya al cielo para alabar eternamente vuestras misericordias. Vos, Señor, queréis perdonarme, y yo sólo deseo que me otorguéis vuestro perdón y vuestro amor. Duéleme, ¡oh Bondad infinita!, de haberos ofendido tanto. Os amo, ¡oh Sumo Bien!, porque así lo mandáis y porque sois dignísimo de ser amado. Haced, pues, Redentor mío, que os ame este pecador tan amado de Vos, y con tal paciencia por Vos esperado. Todo lo espero de vuestra piedad inefable. Confío en que os amaré siempre en lo sucesivo, hasta la muerte y por toda la eternidad (Sal. 83, 3), y que vuestra clemencia, Jesús mío, será perdurable objeto de mis alabanzas.

Siempre también alabaré, ¡oh María!, vuestra misericordia, por las gracias innumerables que me habéis alcanzado. A vuestra intercesión las debo. Seguid, Señora mía, ayudándome y alcanzadme la santa perseverancia.

PUNTO TERCERO
El que abusa de la misericordia de Dios merece caer en las manos de su justicia.

Refiérese en la vida del Padre Luis de Lanuza que cierto día dos amigos estaban paseando juntos en Palermo, y uno de ellos, llamado César, que era comediante, notando que el otro se mostraba pensativo en extremo, le dijo: «Apostaría a que has ido a confesarte, y por eso estás tan preocupado... yo no quiero acoger tales escrúpulos... Un día me dijo el Padre Lanuza que Dios me daba doce años de vida y que si en ese plazo no me enmendaba tendría mala suerte. Después he viajado por muchas partes del mundo; he padecido varias enfermedades, y en una de ellas estuve a punto de morir... Pero en este mes,

cuando van a terminar los famosos doce años, me hallo mejor que nunca...». Y luego invitó a su amigo a que fuese, el sábado inmediato, a ver el estreno de una comedia que el mismo César había compuesto... En aquel sábado, que fue el 24 de noviembre de 1668, cuando César se disponía a salir a escena, dióle de improviso una congestión y murió repentinamente en brazos de una actriz. Así acabó la comedia. Pues bien, hermano mío; cuando la tentación del enemigo te mueva a pecar otra vez, si quieres condenarte puedes libremente cometer el pecado; mas no digas que deseas tu salvación. mientras quieras pecar, date por condenado, e imagina que Dios decreta su sentencia, diciendo: «¿Qué más puedo hacer por ti, ingrato, de lo que ya hice?» (Is,, 5. 4). Ya que quieres condenarte, condénate, pues... tuya es la culpa.

Dirás, acaso, que en dónde está ese modo de misericordia de Dios... ¡Ah, desdichado! ¿No te parece misericordia el haberte Dios sufrido tanto tiempo con tantos pecados? Prosternado ante Él y con el rostro en tierra debieras estar dándole gracias y diciendo: «Misericordia del Señor es que no hayamos sido consumidos» (Lm., 3, 22). Al cometer un solo pecado mortal incurriste en delito mayor que si hubieras pisoteado al primer soberano del mundo. Y tantos y tales has cometido que si esas ofensas de Dios las hubieses hecho contra un hermano tuyo, no las hubiera éste sufrido... Mas Dios no sólo te ha esperado, sino que te ha llamado muchas veces y te ha ofrecido el perdón. ¿Qué más debía hacer? (Is., 5, 4). Si Dios se mostrado más clemente contigo? Así, pues, si de nuevo volvieras a ofenderle, harías que su divina misericordia se trocara en indignación y castigo.

Si aquella higuera hallada sin frutos por su dueño no los hubiera dado tampoco después del año de plazo concedido para cultivarla, ¿quién osaría esperar que se le diese más tiempo y no fuese cortada? escucha, pues, lo que dice San Agustín: «¡Oh árbol infructuoso!, diferido fue el golpe de la segur. ¡Mas no te creas seguro, porque serás cortado! Fue aplazada la pena —expresa el Santo—, pero no suprimida. Si abusas más de la divina misericordia, el castigo te alcanzará: serás cortado.» ¿Esperas, por tanto, a que el mismo Dios te envíe al infierno? Pues si te envía, ya lo sabes, jamás habrá remedio para ti. Suele el Señor callar, mas no por siempre. Cuando llega la hora de la justicia, rompe el silencio. Esto hiciste y callé. Injustamente creíste que sería tal como tú. Te argüiré y te pondré ante tu propio rostro (Sal. 49, 21). Te pondrá ante los ojos los actos de divina misericordia, y hará que ellos mismos te juzguen y condenen.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! Desventurado de mí si, después de haber recibido la luz que ahora me dais, volviese a ser infiel haciéndoos traición. Esas luces, señales son de que deseáis perdonarme. Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de cuantas ofensas hice a vuestra infinita bondad. Por vuestra Preciosísima Sangre espero el perdón ciertamente. Mas si de nuevo me apartara de Vos, reconozco que merecería un infierno a propósito creado para mí. Tiemblo, Dios de mi alma, por la posibilidad de volver a perder vuestra gracia. porque muchas veces he prometido seros fiel, y luego nuevamente me he rebelado contra vos... No lo permitáis, Señor; no me abandonéis en esa inmensa desgracia de verme otra vez convertido en un enemigo vuestro. Dadme otro castigo; pero ése, no. «No permitáis que me aparte de Vos.» Si veis que he de ofenderos, haced que antes pierda la vida. Acepto la muerte más dolorosa antes que llorar la desdicha de verme privado de vuestra gracia. No permitas me aparte de Ti. Lo repito, Dios mío, y haced que lo repita siempre: «No permitáis que me separe de vos. os amo, carísimo Redentor mío, y no quiero separarme de Vos.» Concededme, por los merecimientos de vuestra Pasión, amor tan fervoroso que con Vos me una estrechamente y jamás pueda alejarme de Vos.

Ayudadme, ¡oh Virgen María!, con vuestra intercesión y alcanzadme la santa perseverancia y el amor a Cristo Jesús.

DECIMOOCTAVA CONSIDERACIÓN

DEL NÚMERO DE LOS PECADOS

Quia non profertur cito contra malos sententia,
ideo fílii hominum perpetrant mala.
Por cuanto la sentencia no es proferida luego
contra los malos, los hijos de los hombres
cometen males sin temor alguno,
Ecl., 8, 2.

PUNTO PRIMERO
Dios perdona a cada uno un número determinad de pecados.

Si Dios castigase inmediatamente a quien le ofendiese, no se viera, sin duda, tan ultrajado como se ve. mas porque el Señor no suele castigar en seguida,

sino que espera benignamente, los pecadores cobran ánimos para ofenderle más. Preciso es que entendamos que Dios espera y es pacientísimo, más no para siempre; y que es opinión de muchos Santos Padres (de San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Cirilo de Alejandría, San Juan Crisóstomo, San Agustín y otros) que, así como Dios tiene determinado para cada hombre el número de días que ha de vivir y los dones de salud y de talento que ha de otorgarle (Sb., 11, 21), así también tiene contado y fijo el número de pecados que le ha de perdonar. y completo ese número, no perdona más, dice San Agustín. Lo mismo afirman Eusebio de Cesárea (Lib. 7, cap. 3) y los otros Padres antes nombrados. Y no hablaron sin fundamento estos Padres, sino basados en la Divina Escritura. Dice el Señor en uno de sus textos (Gn., 15, 16), que dilataba la ruina de los amorreos porque aún no estaba completo el número de sus culpas. En otro lugar dice (Os., 1, 6): «No tendré en lo sucesivo misericordia de Israel. Me han tentado ya por diez veces. no verán la tierra» (Nm., 14, 22-23). Y en el Libro de Job se lee: «Tienes selladas como en un saquito mis culpas» (Jb., 14, 17). Los pecadores no llevan cuenta de sus delitos, pero Dios sabe llevarla para castigar cuando está ya granada la mies, es decir, cuando está completo el número de pecados» (Jl., 3, 13). En otro pasaje leemos (Ecl., 5, 5): «Del pecado perdonado no quieras estar sin miedo, ni añadas pecado sobre pecado.» O sea: preciso es, pecador, que tiembles aun de los pecados que ya te perdoné; porque si añadieres otro, podrá ser que éste con aquéllos completen el número, y entonces no habrá misericordia para ti. y, más claramente, en otra parte, dice la escritura (2 Mac., 6, 14): «El Señor sufre con paciencia (a las naciones) para castigarlas en el colmo de los pecados, cuando viniere el día del juicio.» De suerte que Dios espera el día en que se colme la medida de los pecados, y después castiga.

De tales castigos hallamos en la Escritura muchos ejemplos, especialmente el de Saúl, que, por haber reincidido en desobedecer al Señor, le abandonó Dios de tal modo, que cuando Saúl, rogando a Samuel que por él intercediese, le decía (1 Reg., 15, 25): «Ruegote que sobrelleves mi pecado y vuélvete conmigo para que adore al Señor.» Samuel le respondió (1 Reg., 15, 26): «No volveré contigo, por cuanto has desechado la palabra del Señor, y el Señor te ha desechado a tí.» Tenemos también el ejemplo del rey Baltasar, que hallándose en un festín profanando los vasos del templo, vio una mano que escribía en la pared: mane, thecel, phares. Llegó el Profeta Daniel y explicó así tales palabras (Dn., 5, 27): «Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto», Dándole a entender que el peso de sus pecados había inclinado hacia el castigo la balanza de la divina justicia; y, en efecto, Baltasar fue muerto aquella misma noche (Dn., 5, 30).

¡A cuántos desdichados sucede lo propio! Viven largos años en pecado; mas apenas se completa el número, los arrebata la muerte y van a los infiernos (Jb., 21, 13). Procuran investigar algunos el número de estrellas que existen, el número de ángeles del cielo, y de los años de vida de los hombres; mas ¿quién puede indagar el número de pecados que dios querrá perdonarles?... Tengamos, pues, saludable temor. ¿Quién sabe, hermano mío, si después del primer ilícito deleite, o del primer mal pensamiento consentido, o nuevo pecado en que incurrieres, Dios te perdonará más?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! Os doy ferventísimas gracias. ¡Cuántas almas hay que, por menos pecados que los míos, están ahora en el infierno, y yo vivo aún fuera de aquella cárcel eterna, y con la esperanza de alcanzar, si quiero, perdón y gloria!... Sí, Dios mío; deseo ser perdonado. me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, porque injurié a vuestra infinita bondad. Mirad, Eterno Padre, a vuestro Divino Hijo muerto en la cruz por mí (Sal. 83, 10), Y por sus merecimientos tened misericordia de mi alma. Propongo antes morir que ofenderos más.

Debo temer, sin duda, que, si después de los pecados que he cometido y de las gracias que me habéis otorgado, añadiese una nueva culpa, colmaríase la medida y sería justamente condenado... Ayudadme, pues, con vuestra gracia, que de vos espero luces y fuerzas para seros fiel. Y si previereis que he de volver a ofenderos, enviadme la muerte antes que pierda vuestra gracia. os amo, Dios mío, sobre todas las cosas, y temo más que el morir verme otra vez apartado de Vos.

No lo permitáis, por piedad... María, Madre mía, alcanzadme la santa perseverancia.

PUNTO SEGUNDO
Dios perdona a unos más pecados que a otros.

Dirá tal vez el pecador que Dios es Dios de misericordia... ¿Quién lo niega?... La misericordia del Señor es infinita; mas a pesar de ella, ¿cuántas almas se condenan cada día? Dios cura al que tiene buena voluntad (Is., 61, 1). Perdona los pecados, mas no puede perdonar la voluntad de pecar...

Replicará el pecador que aún es harto joven... ¿Eres joven?... Dios no cuenta los años, cuenta las culpas. Y esta medida de pecados no es igual para todos. a uno perdona Dios cien pecados; a otro, mil; otro, al segundo pecado se verá en el infierno. ¡Y a cuántos condenó en el primer pecado! Refiere San Gregorio que un niño de cinco años, por haber dicho una blasfemia, fue enviado al infierno. y según la Virgen Santísima reveló a la Bienaventurada Benedicta de Florencia, una niña de doce años por su primer pecado fue condenada. Otro niño de ocho años de edad también en el primer pecado murió y se condenó.

En el Evangelio de San Mateo (21, 19) leemos que el Señor, la vez primera que halló a la higuera sin fruto, la maldijo, y el árbol quedó seco. En otro lugar dijo el Señor (Am., 1, 3): «Por tres maldades de Damasco, y por la cuarta no la convertiré» (no revocaré los castigos que le tengo decretados). Algún temerario querrá quizá pedir cuenta de por qué Dios perdona a tal pecador tres culpas y no cuatro. Aquí es preciso adorar a los inefables juicios de Dios y decir con el Apóstol (Ro., 11, 33): «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuan incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!» Y con San Agustín: «Él sabe a quién ha de perdonar y a quién no. A los que se concede misericordia, gratuitamente se les concede, y a los que se les niega, con justicia les es negada.»

Replicará el alma obstinada que, como tantas veces ha ofendido a Dios, y Dios la ha perdonado, espera que aún le perdonará un nuevo pecado... Mas porque Dios no la ha castigado hasta ahora, ¿ha de proceder siempre así? Se llenará la medida y vendrá el castigo. Cuando Sansón continuaba enamorado de Dalila, esperaba librarse de los filisteos, como ya le había una vez acaecido (Judc., 16); pero en aquella última ocasión fue preso y perdió la vida. «No digas —exclamaba el Señor (Ecl., 5, 4)— pequé, ¿y qué adversidad me ha sobrevenido?... porque el Altísimo, aunque sufrido, da lo que merecemos»; o lo que es lo mismo: que llegará un día en que todo lo pagaremos, y cuanto mayor hubiera sido la misericordia, tanto más grave será la pena. Dice San Juan Crisóstomo que más de temer es el que Dios sufra obstinado, que el pronto e inmediato castigo. Porque, como escribe San Gregorio, todos aquellos a quienes Dios espera con más paciencia, son después, si perseveran en su ingratitud más rigurosamente castigados; y a menudo acontece, añade el Santo, que los que fueron mucho tiempo tolerados por Dios, mueren de repente sin tiempo de convertirse. Especialmente, cuanto mayores sean las luces que Dios te haya dado, tanto mayores serán tu ceguera y obstinación en el pecado, si no hicieres a tiempo penitencia. «Porque mejor les era —dice San Pedro (Ptr., 2, 21)— no haber conocido el camino de la justicia, que después del conocimiento volver las espaldas». Y San Pablo dice (He., 6, 4)

que es (moralmente) imposible que un alma ilustrada con celestes luces si reincide en pecar, se convierta de nuevo. Terribles son las palabras del Señor contra los que no quieren oír su llamamiento: «Porque os llamé y dijisteis que no... Yo también me reiré en vuestra muerte y os escarneceré» (Pr., 1, 24-26). Nótese que las palabras Yo también significan que, así como el pecador se ha burlado de Dios confesándose, formando propósitos y no cumpliéndolos nunca, así el Señor se burlará de él en la hora de la muerte. El sabio dice además (Pr., 26, 11): «Como perro que vuelve a su vómito, así el imprudente que repite su necedad.» Dionisio el cartujo desenvuelve este pensamiento, y dice que tan abominable y asqueroso como el perro que devora lo que arrojó de si, se hace odioso a Dios el pecador que vuelve a cometer los pecados de que se arrepintió en el sacramento de la penitencia.

AFECTOS Y PETICIONES

Heme aquí, Señor, a vuestras plantas. Yo soy como el perro sucio y asqueroso, pues tantas veces volví a deleitarme con lo que antes había aborrecido. No merezco perdón. Redentor mío. Pero la sangre preciosa que por mí derramasteis me alienta y aun obliga a esperarle... ¡Cuántas veces os ofendí, y Vos me perdonasteis! prometí no volver a ofenderos, y a poco de nuevo recaí, ¡y Vos otra vez me concedisteis perdón! ¿Qué espero, pues? ¿Que me enviéis al infierno, o que me abandonéis a mis pecados, castigo mayor que el mismo infierno?

No, Dios mío; quiero enmendarme, y para seros fiel pongo en Vos toda mi esperanza y resuelvo acudir en seguida y siempre a Vos cuando me viere combatido de tentaciones. En lo pasado fiéme de mis promesas y propósitos, y olvidé el encomendarme a Vos en la tentación. eso fue mi ruina. Mas de hoy en adelante Vos seréis mi esperanza, mi fortaleza, y así lo podré todo (Fil., 4, 13). Dadme, pues, ¡oh Jesús mío!, por vuestros méritos, la gracia de encomendarme siempre a Vos, y de pedir vuestro auxilio en todas mis necesidades. Os amo, ¡oh Bien Sumo!, amable sobre todos los bienes, y sólo a Vos amaré si Vos me ayudáis en ello.

Y Vos también, ¡oh María, Madre nuestra!, auxiliadme con vuestra intercesión; amparadme bajo vuestro manto, haced que os invoque siempre en la tentación, y vuestro nombre dulcísimo será mi defensa.

PUNTO TERCERO
En gran peligro se pone el insensato que comete un nuevo pecado.

«Hijo, ¿pecaste? no vuelvas a pecar otra vez; mas ruega para que las culpas antiguas, te sean perdonadas» (Ecl., 21, 1). Ve lo que te advierte, ¡oh cristiano!, Nuestro Señor, porque desea salvarte. «No me ofendas, hijo, nuevamente, y pide en adelante perdón de tus pecados.» Y cuando más hubieres ofendido a Dios, hermano mío, tanto más debes temer la reincidencia en ofenderle; porque tal vez otro nuevo pecado que cometieres hará caer la balanza de la divina justicia, y serás condenado. No digo absolutamente, porque no lo sé, que no haya perdón para ti si cometes otro pecado; pero afirmo que eso puede muy bien acaecer. De suene que, cuando sintieres la tentación, debes decirte: ¿quién sabe si Dios no me perdonará más y me condenaré?

Dime, por tu vida: ¿tomarías un manjar si creyeras ser probable que estuviera envenenado? Si presumieras fundadamente que en un camino estaban apostados tus enemigos para matarte, ¿pasarías por allí pudiendo utilizar otra más segura vía? pues ¿qué certidumbre ni qué probabilidad puedes tener de que volviendo a pecar sentirás luego verdadera contrición y no volverás a la culpa aborrecible? O que si nuevamente pecares, ¿no te hará Dios morir en el acto mismo del pecado, o te abandonará después? ¡Oh Dios, qué ceguedad!

Al comprar una casa, tomas prudentemente las necesarias precauciones para no perder tu dinero. si vas a usar de alguna medicina, procurarás estar seguro de que no te puede dañar. al cruzar un río, cuidas de no caer en él. Y luego, por un vil placer, por un deleite brutal, arriesgas tu eterna salvación, diciendo: ya me confesaré de eso. Mas yo pregunto: ¿y cuándo te confesarás? —el domingo. —¿Y quién te asegura que vivirás el domingo? —mañana mismo. —¿Y cómo con tal certeza tratas de confesarte mañana, cuando no sabes siquiera si tendrás una hora más de vida? «¿Tienes un día —dice San Agustín— cuando no tienes una hora?» Dios —sigue diciendo el Santo— promete perdonar al que se arrepiente, mas no promete el día de mañana al que le ha ofendido. Si ahora pecas, tal vez Dios te dará tiempo de hacer penitencia, o tal vez no. Y si no te lo da, ¿qué será de ti eternamente?

Sin embargo, por un mísero placer pierdes tu alma y la pones en peligro de quedar perdida por toda la eternidad. ¿Arriesgarías mil ducados por esa vil

satisfacción? Digo más: ¿Lo darías todo, hacienda, casa, poder, libertad y vida, por un breve gusto ilícito? Seguramente, no. Con todo, por ese mismo deleznable placer quieres en un punto dar por perdidos para ti a Dios, el alma y la gloria. Dime, pues: estas cosas que enseña la fe, ¿son altísimas verdades o no es más que pura fábula el que haya gloria, infierno y eternidad? ¿crees que si la muerte te sorprende en pecado estarás para siempre perdido?... ¡Qué temeridad, qué locura condenarte tú mismo a perdurables penas con la vana esperanza de remediarlo luego! «Nadie quiere enfermar con la esperanza de curarse», dice San Agustín. ¿No tendríamos por loco a quien bebiese veneno, diciendo: quizá con un remedio me salvaré? ¿Y tú quieres la condenación a eterna muerte, fiado en que tal vez luego puedas librarte de ella?... ¡Oh locura terrible, que tantas almas ha llevado y lleva al infierno, según la amenaza del Señor! «Pecaste confiando temerariamente en la divina misericordia; de improviso, vendrá al castigo sobre ti, sin que sepas de dónde viene» (Is., 47, 10-11).

AFECTOS Y PETICIONES

Ved, Señor, a uno de esos locos que tantas veces ha perdido el alma y vuestra gracia con la esperanza de recuperarla después. Y si me hubieseis enviado la muerte en aquel instante en que pequé, ¿qué hubiera sido de mí? Agradezco con todo mi corazón vuestra clemencia en esperarme y en darme a conocer mi locura. Conozco que deseáis salvarme, y yo me quiero salvar. Duélame, ¡oh Bondad Iinfinita!, de haberme tantas veces apartado de Vos. Os amo fervorosamente, y espero, ¡oh Jesús!, que, por los merecimientos de vuestra Preciosa Sangre, no recaeré en tal demencia. Perdonadme, Señor, y acogedme en vuestra gracia, que no quiero separarme de vos. In te, domine, speravi, non confundar in aetemum. Así espero, Redentor mío, no sufrir ya la desdicha y confusión de verme otra vez privado de vuestro amor y gracia. Concededme la santa perseverancia, y haced que siempre os la pida, especialmente en las tentaciones, invocando vuestro sagrado nombre, o el de vuestra Santísima Madre; «¡Jesús mío, ayudadme!... ¡María, Madre nuestra, amparadme!...» Sí, Reina y Señora mía; acudiendo a Vos nunca seré vencido. Y si persiste la tentación, haced, Madre mía, que persista yo en invocaros.



DECIMONOVENA CONSIDERACIÓN

DEL BIEN INEFABLE DE LA GRACIA DE DIOS Y DEL GRAN MAL DE INCURRIR EN SU DESGRACIA

Sapientia vero ubi invenitur?...
Nescit homo pretium eius.
¿En dónde se halla la sabiduría?
El hombre no conoce su valor.

Job, 28, 13.

PUNTO PRIMERO
Del aprecio de la divina gracia.

Dice el Señor que quien sabe apartar lo precioso de lo vil es semejante a Dios, que sabe desechar el mal y escoger el bien (Jer., 15, 19). Veamos cuán grande bien es la gracia divina, y qué mal inmenso la enemistad con Dios. No conocen los hombres el valor de la divina gracia (Jb., 28, 13). De aquí que la cambien por naderías, por humo sutil, por un poco de tierra, por un irracional deleite. y, sin embargo, es un tesoro de infinito valor que nos hace dignos de la amistad de Dios (Sb., 7, 14): De suerte que el alma que está en gracia es regalada amiga del Señor.

Los gentiles, privados de la luz de la fe, creían cosa imposible que la criatura pudiera tener amistad con Dios; y hablando según el dictamen de su corazón, no se equivocaban, porque la amistad —como dice San Jerónimo— hace iguales a los amigos. Pero Dios ha declarado en varios lugares que por medio de su gracia podemos hacernos amigos suyos si observamos y cumplimos su ley (Jn., 15, 14). Por lo que exclama San Gregorio: «¡Oh bondad de Dios! No merecíamos ni aun ser llamados siervos suyos, y Él se digna llamarnos sus amigos.»

¡Cuan afortunado se estimaría el que tuviese la dicha de ser amigo de su rey! Refiere San Agustín que, hallándose dos cortesanos en un monasterio, uno de ellos comenzó a leer la vida de San Antonio Abad, y conforme leía íbasele desasiendo el corazón de los afectos mundanos de tal modo, que hablaba así a su compañero: «Amigo, ¿qué es lo que buscamos?... sirviendo al emperador, lo más que podremos pretender es el conseguir su amistad. y aunque a tanto

llegásemos, expondríamos a grave peligro la eterna salvación. Con harta dificultad lograríamos ser amigos del césar. Mas si quiero ser amigo de Dios, ahora mismo puedo serlo.»

El que está, pues, en gracia, amigo del Señor es. Y aun mucho más porque se hace hijo de Dios (Sal. 81, 6). Tal es la inefable dicha que nos alcanzó el Divino Amor por medio de Jesucristo. Considerad cuál caridad nos ha dado el Padre queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios y lo seamos (1 Jn., 3, 1). Es también el alma que está en gracia esposa del Señor. por eso el padre del hijo pródigo, al acogerle y recibirle de nuevo, dióle el anillo en señal de desposorio (Lc., 15, 22). Esa alma venturosa es, además, templo del Espíritu Santo. Sor María de Ognes vio salir a un demonio del cuerpo de un niño que recibía el bautismo, y notó que entraba en el nuevo cristiano el Espíritu Santo rodeado de ángeles.

AFECTOS PETICIONES

¡Oh Dios mío! Cuando mi alma, por dicha suya, estaba en vuestra gracia, era vuestro templo y amiga, hija y esposa vuestra. Mas al pecar lo perdió todo, y fue vuestra enemiga y esclava del infierno. con profunda gratitud veo, Dios mío, que me dais tiempo de recuperar vuestra gracia, me arrepiento de haberos ofendido a vuestra infinita bondad, y os amo sobre todas las cosas. recibidme, pues, de nuevo en vuestra amistad, y por piedad, no me desdeñéis. Harto sé que merezco verme abandonado, mas mi Señor Jesucristo, por el sacrificio que de sí mismo os hizo en el Calvario, merece que al verme arrepentido me acojáis otra vez. Adveniat regnum tuum. Padre mío (que así me enseñó a llamaros vuestro Divino Hijo), reinad en mí con vuestra gracia, y haced que sólo a Vos sirva, sólo a Vos ame y por Vos viva. Et ne nos inducas in tentationem. No permitáis que me venzan los enemigos que me combatan. Sed libera nos a malo. Libradme del infierno y antes libradme del pecado, único mal que puede condenarme.

¡Oh María, rogad por mí y libradme del mal horrible de verme en pecado sin la gracia de nuestro Dios!

PUNTO SEGUNDO
Dichosa el alma que vive en estado de gracia.

Dice Santo Tomás de Aquino que el don de la gracia excede a todos los dones que una criatura puede recibir, puesto que la gracia es participación de la misma naturaleza divina. Y antes había dicho San Pedro: «Para que por ella

seáis participantes de la divina naturaleza.» ¡Tanto es lo que por su Pasión mereció Nuestro Señor Jesucristo! Él nos comunicó en cierto modo el esplendor que de Dios había recibido (Jn., 17, 22); de manera que el alma que está en gracia se une con Dios íntimamente (1 Co., 6, 17), y como dijo el Redentor (Jn., 14, 33), en ella viene a habitar la Trinidad Santísima.

Tan hermosa es un alma en estado de gracia, que el Señor se complace en ella y la elogia amorosamente (Cant., 4, 1): «¡Qué hermosa eres, amiga mía; qué hermosa!» Diríase que el Señor no sabe apartar sus ojos de un alma que le ama ni dejar de oír cuanto le pida (Sal. 33, 16). Decía Santa Brígida que nadie podría ver la hermosura de un alma en gracia sin que muriese de gozo. Y Santa Catalina de Sena, al contemplar un alma en tan feliz estado, dijo que preferiría dar su vida a que aquella alma hubiese de perder tanta belleza. Por eso la santa besaba la tierra por donde pasaban los sacerdotes, considerando que por medio de ellos recuperaban las almas la gracia de Dios.

¡Qué tesoro de merecimientos puede adquirir un alma en estado de gracia! en cada instante le es dado merecer la gloria; pues, como dice Santo Tomás, cada acto de amor hecho por tales almas merece la vida eterna. ¿Por qué envidiar, pues, a los poderosos de la tierra? Si estamos en gracia de Dios podemos continuamente conquistar harto mayores grandezas celestiales. Un hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, según refiere el p. patrignani en su menologio, apareciose después de su muerte y reveló que se había salvado, así como Felipe II, rey de España, y que ambos gozaban ya de la gloria eterna; pero que cuanto menor había él sido en el mundo comparado con el rey, tanto más alto era su lugar en el cielo.

Sólo el que la disfruta puede entender cuan suave es la paz de que goza, aun en este mundo, un alma que está en gracia (Sal. 33, 9). Así lo confirman las palabras del Señor (Sal. 118, 165): «Mucha paz para los que aman tu ley.» La paz que nace de esa unión con Dios excede a cuantos placeres pueden dar los sentidos en el mundo.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Vos sois el Buen Pastor que se dejó crucificar por dar la vida a sus ovejas. Cuando yo huía de Vos me buscabais con amorosa diligencia. Acogedme ahora que os busco y vuelvo arrepentido a vuestros pies. Concededme de nuevo vuestra gracia, que míseramente perdí por mi culpa. Al considerar que tantas veces me he apartado de Vos, quisiera morir de dolor, y de todo corazón me arrepiento. Perdonadme, por la muerte olorosísima que para mi bien sufristeis en la cruz. Prendedme con las suaves cadenas de

vuestro amor, y no consintáis que otra vez huya de Vos. Dadme ánimo para sufrir con paciencia cuantas cruces me enviéis, ya que merecí las penas eternas del infierno, y haced que abrace con amor los desprecios que reciba de los hombres, puesto que he merecido ser eternamente hollado por los demonios. Haced, en suma, que obedezca en todo a vuestras inspiraciones, y venza todos los humanos respetos por amor a vos. Resuelto estoy a no servir más que a vos. Pidan los otros lo que quisieren, yo solamente quiero amaros a vos, Dios mío amabilísimo. Sólo a Vos deseo complacer. Ayudadme, Señor, que sin vos nada puedo. Os amo, Jesús mío, con todo mi corazón, y confío en vuestra Sangre Preciosa...

María, mi esperanza, auxiliadme con vuestra intercesión. Y puesto que os gloriáis de salvar a los pobres pecadores que recurren a Vos, y yo, de ser vuestro humilde siervo, socorredme y salvadme.

PUNTO TERCERO
Estado miserable del alma que ha perdido la gracia de Dios.

Consideremos ahora el infeliz estado de un alma que se halla en desgracia de Dios. está apartada de su Bien Sumo, que es Dios (Is., 59, 2): de suerte que ella ya no es de Dios, ni Dios es ya suyo (Os., 1, 9). Y no solamente no la mira como suya, sino que la aborrece y condena al infierno. No detesta el Señor a ninguna de sus criaturas, ni a las fieras, ni a los reptiles, ni al más vil insecto (Sb., 11, 25). Mas no puede dejar de aborrecer al pecador (Sal. 5, 7); porque siendo imposible que no odie al pecado, enemigo en absoluto contrario a la divina voluntad, debe necesariamente aborrecer al pecador unido con la voluntad al pecado (Sb., 14, 9).

¡Oh Dios mío! si alguno tiene por enemigo a un príncipe del mundo, apenas puede reposar tranquilo, temiendo a cada instante la muerte. y el que sea enemigo de Dios, ¿cómo puede tener paz? De la ira de un rey se puede huir ocultándose o emigrando a algún otro lejano reino; pero ¿quién puede sustraerse de las manos de Dios? «Señor —decía David (Sal. 138, 8-10)—, si subiere al cielo, allí estás; si descendiere al infierno, estás allí presente... dondequiera que vaya, tu mano llegará hasta mí.»

¡Desventurados pecadores! malditos son de Dios, malditos de los ángeles, malditos de los santos, aun en la tierra malditos cada día por los sacerdotes y religiosos que, al recitar el oficio divino, publican la maldición (Sal. 118, 21). además, estar en desgracia de Dios lleva consigo la pérdida de todos los

méritos. Aunque hubiese merecido un hombre tanto como un San Pablo eremita, que vivió noventa y ocho años en una cueva; tanto como un San Francisco Javier, que conquistó para Dios diez millones de almas; tanto como San Pablo, que alcanzó por sí solo, como dice San Jerónimo, más merecimientos que todos los demás Apóstoles, si aquél cometiera un solo pecado mortal, lo perdería todo (Ez., 18, 24); ¡Tan grande es la ruina que produce el incurrir en desgracia del Señor! De hijo de Dios, conviértase el pecador en esclavo de satanás; de amigo predilecto se trueca en odioso enemigo; de heredero de la gloria, en condenado al infierno. Decía San Francisco de Sales que si los ángeles pudieran llorar, al ver la desdicha de un alma que cometiendo un pecado mortal pierde la divina gracia, los ángeles llorarían, compadecidos.

Pero la mayor desventura consiste en que, aunque los ángeles llorarían, si pudieran llorar, el pecador no llora. El que pierde un corcel, una oveja —dice San Agustín—, no come, no descansa, gime y se lamenta. ¡Perderá acaso la gracia de Dios, y come y duerme y no se queja!

AFECTOS Y SÚPLICAS

Ved, Redentor mío, el lamentable estado a que yo me reduje! Vos, para hacerme digno de vuestra gracia, pasasteis treinta y tres años de trabajos y dolores, y yo, en un instante, por un momento de envenenado placer, la he despreciado y perdido sin reparo.

Gracias mil os doy por vuestra misericordia, porque me da tiempo de recuperar la gracia si de veras lo deseo. Sí, Señor mío; quiero hacer cuanto pueda para reconquistarla. Decidme qué debo poner por obra para alcanzar el perdón. ¿Queréis que me arrepienta? pues sí, Jesús mío, me arrepiento de todo corazón de haber ofendido a vuestra infinita bondad... ¿Queréis que os ame? Os amo sobre todas las cosas. Mal empleé en la vida pasada mi corazón, amando las criaturas, la vanidad del mundo. De ahora en adelante viviré sólo para Vos, y a Vos no más amaré Dios mío, mi tesoro, mi esperanza y mi fortaleza (Sal. 17, 2). Vuestros méritos, vuestras sacratísimas llagas, serán mi esperanza. De Vos espero la fuerza necesaria para seros fiel. Acogedme, pues, en vuestra gracia, ¡oh Salvador mío!, y no permitáis que os abandone más otra vez. Desasidme de los afectos mundanos e inflamad mi corazón en vuestro santo amor.

María, Madre nuestra, haced que mi alma arda en amor de Dios, como arde la vuestra eternamente.

VIGÉSIMA CONSIDERACIÓN

LOCURA DEL PECADOR

Sapientia enim huíus mundi
stultitia est apud Deum.
La sabiduría de este mundo,
locura es delante de Dios.

I Cor., 3, 19.

PUNTO PRIMERO
El pecador es un insensato, que por una moneda pierde el tesoro de la divina gracia.

El Santo maestro Juan de Ávila decía que en el mundo debiera haber dos grandes cárceles: una para los que no tienen fe, y otra para los que, teniéndola, viven en pecado y alejados de Dios. A éstos, añadía, les conviniera la casa de locos. Mas la mayor desdicha de estos miserables consiste en que, con ser los más ciegos e insensatos del mundo, se tienen por sabios y prudentes. Y lo peor es que su número es grandísimo (Ecl., 1, 15). Hay quien enloquece por las honras; otros, por los placeres; no pocos, por las naderías de la tierra. y luego se atreven a tener por locos a los santos, que menospreciaron los vanos bienes del mundo para conquistar la salvación eterna y el sumo bien, que es Dios. Llaman locura el abrazar los desprecios y perdonar las ofensas; locura el privarse de los placeres sensuales y preferir la mortificación; locura renunciar las honras y riquezas y amar la soledad, la vida humilde y escondida. pero no advierten que a esa su sabiduría mundana la llama Dios necedad (1 Co., 3, 19): «La sabiduría de este mundo locura es ante Dios.»

¡Ah!... algún día confesarán y reconocerán su demencia... ¿Cuándo? Cuando ya no haya remedio posible y tengan que exclamar, desesperados: «¡Infelices de nosotros, que reputábamos por locura la vida de los santos! Ahora comprendemos que los locos fuimos nosotros. ¡Ellos se cuentan ya en el dichoso número de los hijos de Dios y comparten la suerte de los bienaventurados, que eternamente les durará y los hará por siempre felices..., mientras quE nosotros somos esclavos del demonio y estamos condenados a arder en esta cárcel de tormentos por toda la eternidad!... ¡Nos engañamos, pues, por haber querido cerrar los ojos a la divina luz (Sb., 5, 6), y nuestra

mayor desventura es que el error no tiene ni tendrá remedio mientras Dios sea Dios! »

¡Qué inmensa locura es, por tanto, perder la gracia de Dios a trueque de un poco de humo, de un breve deleite!... ¿Qué no hace un vasallo para alcanzar la gracia de su príncipe?... Y, ¡oh Dios mío!, por una vil satisfacción perder el sumo bien, perder la gloria, perder también la paz de esta vida, haciendo que el pecado reine en el alma y la atormente con sus perdurables remordimientos... ¡Perderlo todo, y condenarse voluntariamente a interminable desventura!... ¿Te entregarías a aquel placer ilícito si supieras que luego habrían de quemarte una mano o encerrarte por un año en una tumba? ¿Cometerías tal pecado si, al cometerle, perdieras cien escudos? Y, con todo, tienes fe y crees que pecando perderás el cielo, perderás a Dios y serás condenado al fuego eterno... ¿Cómo te atreves a pecar?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios de mi alma!... ¿Qué sería de mí ahora si no hubierais tenido tanta misericordia? Hallaríame en el infierno, donde están los insensatos cuyas huellas seguí. Gracias os doy, Señor, y os suplico no me abandonéis en mi ceguedad. Bien lo merecía, pero veo que aún vuestra gracia no me ha abandonado. Oigo que amorosamente me llamáis y me invitáis a que os pida perdón y espere de vos altísimos dones, a pesar de las graves ofensas que os hice. sí, Salvador mío; espero que me acogeréis como a hijo, vuestro. No soy digno de que me llaméis hijo, porque os ultrajé descaradamente (Lc., 15, 21). Mas bien sé que os complacéis en buscar la ovejuela perdida y en abrazar a los hijos extraviados.

¡Padre mío amadísimo, me arrepiento de haberos ofendido; a vuestros pies me postro y los abrazo, y no me levantaré si no me perdonáis y bendecís! (Gn., 32, 26). Bendecidme, Padre mío, y con vuestra bendición dadme gran dolor de mis pecados y ferviente amor a vos. Os amo, Padre mío, con todo mi corazón. ¡No permitáis que vuelva a alejarme de Vos! privadme de todas las cosas, mas no de vuestro amor.

¡Oh María, siendo Dios mi padre, Madre mía sois vos! Bendecidme también, y ya que no merezco ser hijo, recibidme por vuestro siervo; pero haced que sea un siervo tal, que os ame siempre con inmensa ternura y siempre confíe en vuestra protección.

PUNTO SEGUNDOO
Locura del pecador que no piensa en lo por venir.

¡Infortunados pecadores! se afanan y aplican en adquirir la ciencia mundana y en procurarse los bienes de esta vida, que en breve plazo ha de acabarse, y olvidan los bienes de aquella otra vida que no ha de acabar jamás. De tal manera pierden el juicio, que no solamente son locos, sino que se reducen a la condición de brutos; porque viviendo como irracionales, sin considerar lo que es el bien ni el mal, siguen solamente al instinto de las afecciones sensuales, se entregan a lo que inmediatamente agrada a la carne y no atienden a la pérdida y eterna ruina que se acarrean. Esto no es proceder como hombre, sino como bestia. «Llamamos hombre —dice San Juan Crisóstomo— a aquel que conserva la imagen esencial del ser humano.» Pero ¿cuál es tal imagen? El ser racional. Ser hombre es, por consiguiente, ser racional, o sea, obrar con arreglo a la razón, no según el apetito sensitivo. Si Dios diese a una bestia el uso de razón y ella conforme a la razón obrase, diríamos que procedía como hombre. Y, al contrario, cuando el hombre procede con arreglo a los sentidos, contra la razón, debe decirse que obra como bestia.

«¡Ah, si tuviesen sabiduría e inteligencia y previesen las postrimerías!» (Dt., 32, 29). El hombre que se guía en sus obras razonablemente prevé lo futuro, es decir, lo que ha de acaecerle al fin de la vida: la muerte, el juicio y, después, el infierno o la gloria.

¡Cuánto más sabio es un rústico que se salva que un monarca que se condena! «Mejor es un mozo pobre y sabio, que rey viejo y necio que no sabe prever lo venidero» (Ecl., 4, 13). ¡Oh Dios! ¿No tendríamos por loco al que para ganar un céntimo en seguida arriesgase el perder toda su hacienda? Pues el que a trueque de un breve placer pierde su alma y se pone en peligro de perderla para siempre, ¿No ha ser tenido por loco? Tal es la causa de que se condenen muchísimas almas, atender no más que a los bienes y males presentes y no pensar en los eternos.

Dios no nos ha puesto en la tierra para que nos hagamos ricos ni para que busquemos honras o satisfagamos los sentidos, sino para que nos procuremos la vida eterna (Ro., 6, 22). Y el alcanzar tal fin sólo a nosotros interesa. una sola cosa es necesaria (Lc., 10, 42). Pero los pecadores desprecian este fin, y pensando no más que en lo presente, caminan hacia el término de la vida, se van acercando a la eternidad y no saben a dónde se dirigen. «¿Qué diríais de un piloto —dice San Agustín— a quien se preguntara a dónde va, y respondiese que no lo sabia? Todos dirían que lleva la nave a su perdición.»

Tales son —añade el santo— esos sabios del mundo que saben ganar haciendas, darse a los placeres, conseguir altos cargos, y no aciertan a salvar sus almas.» Sabio del mundo fue Alejandro Magno, que conquistó innumerables reinos; pero al poco tiempo murió. Sabio fue el Epulón, que supo enriquecerse; pero murió y fue sepultado en el infierno (Lc., 16, 22). sabio de ese modo fue Enrique VIII, que acertó a mantenerse en el trono, a pesar de su rebelión contra la Iglesia. Pero al fin de sus días reconoció que había perdido su alma, y exclamó: ¡Todo lo hemos perdido! ¡Cuántos desventurados gimen ahora en el infierno! ¡Ved —dicen— cómo todos los bienes del mundo pasaron para nosotros como una sombra, y ya no nos quedan más que perdurable dolor y eterno llanto! (Sb., 5, 8). «Ante el hombre, la vida y la muerte; lo que le pluguiere, le será dado» (Ecl., 15, 18). ¡oh cristiano! delante de ti se hallan la vida y la muerte, es decir, la voluntaria privación de las cosas ilícitas para ganar la vida eterna, o el entregarte a ellas y a la eterna muerte... ¿Qué dices? ¿Qué escoges?... Procede como hombre, no como bruto. Elige como cristiano que tiene fe y dice: «¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?» (Mt., 16, 26).

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío! me disteis la razón, la luz de la fe, y con todo, he obrado como un irracional, trocando vuestra divina gracia por los viles placeres mundanos, que se disiparon como el humo, dejándome sólo remordimientos de conciencia y deudas con vuestra justicia! ¡Ah Señor, no me juzguéis según lo que merezco (Salmo 142, 2), sino según vuestra misericordia! iluminadme, Dios mío; dadme dolor de mis pecados y perdonádmelos. Soy la oveja extraviada, y si no me buscáis, perdido quedaré (Sal. 118, 176). Tened piedad de mí, por la sangre preciosa que por mi amor derramasteis. Duélame, ¡oh sumo Bien Mío!, de haberos abandonado y de haber voluntariamente renunciado a vuestra gracia. Morir quisiera de dolor; aumentad Vos mi contrición profunda, y haced que vaya al cielo y ensalce allí vuestra infinita misericordia...

Madre nuestra María, mi refugio y esperanza, rogad por mí a Jesús; pedidle que me perdone y me conceda la santa perseverancia.

PUNTO TERCERO
Los verdaderos sabios son los que, como los santos, procuran su salvación.

Penetrémonos bien de que el verdadero sabio es el que sabe alcanzar la divina gracia y la gloria, y roguemos al Señor nos conceda la ciencia de los santos, que él da a cuantos se la piden (Sb., 10, 10). ¡Qué hermosísima ciencia la de saber amar a Dios y salvar nuestra alma!, o sea, la de acertar a escoger el camino de la eterna salvación y los medios de conseguirla. El tratado de salvación es, sin duda, el más necesario de todos. Si lo supiéramos todo, menos salvarnos, de nada nos serviría nuestro saber; seríamos para siempre infelices. Mas, al contrario, eternamente seremos venturosos si sabemos amar a Dios, aunque ignoremos todas las demás cosas, como decía San Agustín.

Cierto día, Fray Gil decía a San Buenaventura: «Dichoso vos, Padre Buenaventura, que sabéis tantas cosas. Yo, pobre ignorante, nada sé. sin duda podréis llegar a ser más santo que yo.» «Persuadíos —respondió el santo— de que si una pobre vieja ignorante sabe amar a Dios mejor que yo, será más santa que yo.» Al oír esto, exclamó a voces al santo Fray Gil: «¡Oh pobre viejecilla, sabe que si amas a Dios puedes ser más santa que el Padre Buenaventura!» «¡Cuántos rústicos hay —dice San Agustín— que no saben leer, pero saben amar a Dios y se salvan, y cuántos doctos del mundo se condenan !...».

¡Oh, cuan sabios fueron un San Pascual, un San Félix Capuchino, un San Juan de Dios, aunque ignorantes de las ciencias humanas! ¡Cuan sabios todos aquellos que, apartándose del mundo, se encerraron en los claustros o vivieron en desiertos, como un San Benito, un San Francisco de Asís, un San Luis de Tolosa, que renunció al trono! ¡Cuan sabios tantos mártires y vírgenes que renunciaron honores, placeres y riquezas por morir por Cristo!...

Aun los mismos mundanos conocen esta verdad, y alaban y llaman dichoso al que se entrega a Dios y entiende en el negocio de la salvación del alma. en suma: a los que abandonan los bienes del mundo para darse a Dios se les llama hombres desengañados; pues ¿cómo deberemos llamar a los que dejan a Dios por los bienes del mundo?... hombres engañados.

¡Oh hermano mío! ¿De cuál número de ésos quisieras ser tú? para elegir con acierto nos aconseja San Juan Crisóstomo que visitemos los cementerios. Gran escuela son los sepulcros para conocer la vanidad de los bienes de este mundo y para aprender la ciencia de los santos. «Decidme —dice el santo—: ¿Sabríais distinguir allí al príncipe del noble o del letrado?» «Yo nada veo —

añade—, sino podredumbre, huesos y gusanos.» Todas las clases del mundo pasarán en breve, se disiparán como fábulas, sueños y sombras.

Mas si tú, cristiano, quieres adquirir la verdadera sabiduría, no basta que conozcas la importancia de tu fin, sino que es menester usar de los medios establecidos para conseguirlo. Todos querrían salvarse y santificarse, pero como no emplean los medios convenientes, no se santifican, y se condenan. Preciso es huir de las ocasiones de pecar, frecuentar los sacramentos, hacer oración y, sobre todo, grabar en el corazón estas y otras análogas máximas del Evangelio: «¿Qué aprovecha el hombre si ganare todo el mundo?» (Mt., 16, 26). «Quien ama desordenadamente, su alma perderá» (Jn., 12, 25). O sea, conviene hasta perder la vida, si fuere necesario, para salvar el alma. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo» (Mt., 16, 24). Para seguir a Cristo es menester negar al amor propio las satisfacciones que exige. Nuestra salvación se funda en el cumplimiento de la divina voluntad.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Padre de misericordia! mirad mi gran miseria y compadeceos de mí. iluminadme, Señor; haced que conozca mi pasada locura para que la llore y aprecie y ame vuestra bondad infinita. ¡Oh Jesús mío, que disteis vuestra sangre para redimirme, no permitáis que vuelva yo a ser, como he sido, esclavo del mundo! (Sal., 73, 19). Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos abandonado. Maldigo todos los momentos en que mi voluntad consintió en el pecado, y me abrazo con vuestra voluntad santísima, que sólo me desea el bien. Concededme, Eterno Padre, por los méritos de Jesucristo, fuerza para cumplir y poner por obra cuanto os agrade, y haced que muera antes que me oponga a vuestra voluntad. Ayudadme con vuestra gracia a cifrar en Vos solo todo mi amor, y a desasirme de todo afecto que a Vos no se encamine. Os amo, ¡Oh Dios de mi alma!, os amo sobre todas las cosas, y de Vos espero todos los bienes: el perdón, la perseverancia en vuestro amor y la gloria para amaros eternamente...

¡Oh María, pedid para mí estas gracias! Nada os niega vuestro divino Hijo. esperanza mía, confío en vos.

VIGESIMOPRIMERA CONSIDERACIÓN

VIDA INFELIZ DEL PECADORY
VIDA FELIZ DEL QUE AMA A DIOS

Non est pax impiis, dicit Dominus.
No hay paz para los impíos, dice el Señor.

Is., 48, 22.

PUNTO PRIMERO
Los bienes del mundo no pueden satisfacer el corazón del hombre.

Afánanse en esta vida todos los hombres para hallar la paz. Trabajan el mercader, el soldado, el litigante, porque piensan que con la hacienda, el lauro merecido o el pleito ganado obtendrán los favores de la fortuna y alcanzarán la paz. Mas, ¡ah, pobres mundanos, que buscáis en el mundo la paz que no puede daros! Dios sólo puede dárnosla. Da a tus siervos —dice la Iglesia en sus preces— aquella paz que el mundo no puede dar.

No, no puede el mundo, con todos sus bienes, satisfacer el corazón del hombre, porque el hombre no fue creado para este linaje de bienes, sino únicamente para Dios; de suerte que sólo en Dios puede hallar ventura y reposo. El ser irracional, creado para la vida de los sentidos, busca y encuentra la paz en los bienes de la tierra. Dad a un jumento un haz de hierba; dad a un perro un trozo de carne, y quedarán contentos, sin desear cosa alguna. Pero el alma, creada para amar a Dios y unirse a Él, no halla su paz en los deleites sensuales; Dios únicamente puede hacerla plenamente dichosa.

Aquel rico de que habla San Lucas (12, 19) había recogido de sus campos ubérrima cosecha, y se decía a si propio: «Alma mía, ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años; descansa, come, bebe...» Mas este infeliz rico fue llamado loco, y con harta razón, dice San Basilio. «¡Desgraciado! —exclamó el santo—. ¿Acaso tienes el alma de un cerdo, o de otra bestia, y pretendes contentarla con beber y comer, con los deleites sensuales?» El hombre, escribe San Bernardo, podrá hartarse, mas no satisfacerse con los bienes del mundo. El mismo santo, comentando aquel texto del evangelio (Mi., 19, 27): «Bien veis que lo abandonamos todo», dice que ha visto muchos locos con diversas locuras. Todos —añade— padecían hambre devoradora; pero unos se saciaban con tierra, emblema de los avaros; otros con aire, figura

de los vanidosos; otros, alrededor de la boca de un horno, atizaban las fugaces llamas, representación de los iracundos; aquellos, por último, símbolo de los deshonestos, en la orilla de un fétido lago bebían sus corrompidas aguas. y dirigiéndose después a todos, les dice el santo: «¿No veis, insensatos, que todo eso antes os acrecienta que os extingue el hambre?» Los bienes del mundo son bienes aparentes, y por eso no pueden satisfacer el corazón del hombre (Ag., 1, 6); así, el avaro, cuanto más atesora, más quiere atesorar, dice San Agustín. El deshonesto, cuanto más se hunde en el cieno de sus placeres, mayor amargura y, a la vez, más terribles deseos siente, ¿y cómo podrá aquietarse su corazón con la inmundicia sensual? Lo propio sucede al ambicioso, que aspira a saciarse con el humo sutil de vanidades, poder y riquezas; porque el ambicioso más atiende a lo que le falta que a lo que posee. Alejandro Magno, después de haber conquistado tantos reinos, se lamentaba por no haber adquirido el dominio de otras naciones. Si los bienes terrenos bastasen para satisfacer al hombre, los ricos y los monarcas serían plenamente venturosos; pero la experiencia demuestra lo contrario. afírmalo Salomón (Ecl., 2, 10), que asegura no había negado nada a sus deseos, y, con todo, exclama (Ecl., 1, 2): «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad»; es decir, cuanto hay en el mundo es mera vanidad, mentira, locura...

AFECTOS Y PETICIONES

¿Qué me han dejado, Dios mío, las ofensas que os hice, sino amarguras y penas y méritos para el infierno? No me abruma el dolor que por ello siento, antes bien, me consuela y alivia, porque es un don de vuestra gracia, que va unido a la esperanza de que me habéis de perdonar. Lo que me aflige es lo mucho que os he injuriado a Vos, Redentor mío, que tanto me amasteis. Merecía yo, Señor, que del todo me abandonaseis; pero, lejos de eso, veo que me ofrecéis perdón y que sois el primero en procurar la paz.

Sí, Jesús mío, paz deseo con Vos y vuestra gracia más que todas las cosas. Duéleme, ¡Oh bondad infinita!, de haberos ofendido, y quisiera morir de pura contrición. Por el amor que me tuvisteis muriendo por mí en la cruz, perdonadme y acogedme en vuestro corazón, mudando el mío de tal modo, que cuando os ofendí en lo pasado, tanto os agrade en lo por venir. Renuncio por vuestro amor a todos los placeres que el mundo pudiera darme, y resuelvo perder antes la vida que vuestra gracia. decidme qué queréis que haga para serviros, que yo deseo ponerlo por obra. Nada de placeres, ni honras, ni riquezas; sólo a Vos amo, Dios mío, mi gozo, mi gloria, mi tesoro, mi vida, mi

amor y mi todo. dadme, Señor, auxilio para seros fiel, y el don de vuestro amor, y haced de mí lo que os agrade.

¡Oh María, Madre y esperanza mía!, después de Jesús, ponedme bajo vuestro amparo y haced que sea todo de Dios

PUNTO SEGUNDO
El pecado, fuente de todos los males.

Los bienes del mundo son, no solamente vanidades, como dice Salomón (Ecl., 1, 14), que no satisfacen el alma, sino penas que la afligen. Los desdichados pecadores pretenden ser felices con sus culpas, pero no consiguen más que amarguras y remordimientos (Sal. 13, 3). Nada de paz ni reposo. Dios nos dice (Is., 48, 22): «No hay paz para los impíos.»

Primeramente, el pecado lleva consigo el temor profundo de la divina venganza; pues así como el que tiene un poderoso enemigo no descansa ni vive con quietud, ¿cómo podrá el enemigo de Dios reposar en paz? «Espanto para los que obran mal es el camino del Señor» (Pr., 10, 29).

Cuando la tierra tiembla o el trueno retumba, ¡ cómo teme el que se halla en pecado! Hasta el suave movimiento de las umbrías frondas, a veces, le llena de pavor:

«El sonido del terror amedrenta siempre sus oídos» (Jb., 15, 21). Huye sin ver quien le persigue (Pr., 28, 1). Porque su propio pecado corre en pos dé él. Mató Caín a su hermano Abel, y exclamaba luego: «Cualquiera que me hallare me matará» (Gn., 4, 14). Y aunque el Señor le aseguró que nadie le dañaría (Gn., 4, 15), Caín —dice la Escritura (Gn., 4, 16)— anduvo siempre fugitivo y errante. ¿Quién perseguía a Caín, sino su pecado? Va, además, siempre la culpa unida al remordimiento, ese gusano roedor que jamás reposa. Acude el pobre pecador a banquetes, saraos o comedias, mas la voz de la conciencia sigue diciéndole: Estás en desgracia de Dios; si murieses, ¿a dónde irás? Es pena tan angustiosa el remordimiento, aun en esta vida, que algunos desventurados, para librarse de él, se dan a sí mismos la muerte.

Tal fue Judas, que, como es sabido, se ahorcó, desesperado. Y se cuenta de otro criminal que, habiendo asesinado a un niño, tuvo tan horribles remordimientos, que para acallarlos se hizo religioso; pero ni aun en el 3 claustro halló la paz, y corrió ante el juez a confesar su delito, por el cual fue condenado a muerte. ¿Qué es un alma privada de Dios?... Un mar tempestuoso, dice el Espíritu Santo (Is., 57, 20). Si alguno fuese llevado a un

festín, baile o concierto, y le tuviesen allí atado de pies y manos con opresoras ligaduras, ¿podría disfrutar de aquella diversión? Pues tal es el hombre que vive entre los bienes del mundo sin poseer a Dios. Podrá beber, comer, danzar, ostentar ricas vestiduras, recibir honores, obtener altos cargos y dignidades, pero no tendrá paz. Porque la paz sólo de Dios se obtiene, y Dios la da a los que le aman, no a sus enemigos. Los bienes de este mundo —dice San Vicente Ferrer— están por de fuera, no entran en el corazón. Llevará, tal vez, aquel pecador bordados vestidos y anillos de diamantes, tendrá espléndida mesa; pero su pobre corazón se mantendrá colmado de hiel y de espinas. Y así, veréis que entre tantas riquezas, placeres y recreos vive siempre inquieto, y que por el menor obstáculo se impacienta y enfurece coma perro hidrófobo. El que ama a Dios se resigna y conforma en las cosas adversas con la divina voluntad, y halla paz y consuelo. Mas esto no lo puede hacer el que es enemigo de la voluntad de Dios; y por eso no halla camino de aquietarse.

Sirve el desventurado al demonio, tirano cruel, que le paga con afanes y amarguras. Así se cumplen siempre las palabras del Señor, que dijo (Dt., 28, 47-48): «Por cuanto no serviste con gozo al Señor tu Dios, servirás a tu enemigo con hambre y con sed, y con desnudez, y con todo género de penuria.» ¡Cuánto no padece aquel vengativo después de haberse vengado! ¡ Cuánto aquel 4 deshonesto apenas logra sus designios! ¡ Cuánto los ambiciosos y los avaros!... ¡Oh si padecieran por Dios lo que por condenarse padecen, cuántos serian santos!

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh tiempo que perdí!... Si hubiera, Señor, padecido por serviros los afanes y trabajos que padecí ofendiéndoos, ¡cuántos méritos para la gloria tendría ahora reunidos! ¡Ah Dios mío! ¿Por qué os abandoné y perdí vuestra gracia?...

Por breves y envenenados placeres, que, apenas disfrutados, desaparecieron y me dejaron el corazón lleno de heridas y de angustias... ¡Ah pecados míos!, os maldigo y detesto mil veces; así como bendigo vuestra misericordia, Señor, que con tanta paciencia me ha sufrido. Os amo, Creador y Redentor mío, que disteis por mí la vida. Y porque os amo, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido... Dios mío, Dios mío, ¿por qué os perdí? ¿Por qué cosas os dejé? Ahora conozco cuán mal he obrado, y propongo antes perderlo todo, hasta la misma vida, que perder vuestro amor.

Iluminadme, Padre Eterno, por amor a Jesucristo. Dadme a conocer el bien infinito, que sois Vos, y la vileza de los bienes que me ofrece el demonio para

lograr que yo pierda vuestra gracia. Os amo, y anhelo amaros más. Haced que Vos seáis mi único pensamiento, mi único deseo, mi único amor. Todo lo espero de vuestra bondad, por los méritos de vuestro Hijo...

María, Madre nuestra, por el amor que a Jesucristo profesáis, os ruego me alcancéis luz y fuerza para servirle y amarle hasta la muerte.

PUNTO SEGUNDO
Servir y amar a Dios es toda nuestra feliciad.

Puesto que todos los bienes y deleites del mundo no pueden satisfacer el corazón del hombre, ¿quién podrá contentarle?.. Sólo Dios (Sal. 36, 4). El corazón humano va siempre buscando bienes que le satisfagan. Alcanza riquezas, honras o placeres, y no se satisface, porque tales bienes son finitos, y él ha sido creado para el infinito bien. Mas si halla y se une a Dios, se aquieta y consuela y no desea ninguna otra cosa.

San Agustín, mientras se atuvo a la vida sensual, jamás halló paz; pero cuando se entregó a Dios, confesaba y decía al Señor: «Ahora conozco, ¡oh Dios!, que todo es dolor y vanidad, y que en Vos sólo está la verdadera paz del alma.» Y así, maestro por experiencia propia, escribía: «¿Qué buscas, hombrezuelo, buscando bienes?... Busca el único Bien, en el cual se encierran todos los demás» (Sal. 41, 3).

El rey David, después de haber pecado, iba a cazar a sus jardines y banquetes, y a todos los placeres de un monarca. Pero los festines y florestas y las demás criaturas de que disfrutaba decíanle a su modo: «David, ¿quieres hallar en nosotros paz y contento? Nosotros no podemos satisfacerte... Busca a tu Dios (Sal. 41, 3), que únicamente Él te puede satisfacer.» Y por eso David gemía en medio de sus placeres, y exclamaba: «Mis lágrimas me han servido de pan día y noche, mientras se me dice cada día: ¿en dónde está tu Dios?» Y, al contrario, ¡ cómo sabe Dios contentar a las almas fieles que le aman! San Francisco de Asís, que todo lo había dejado por Dios, hallándose descalzo, medio muerto de frío y de hambre, cubierto de andrajos, mas con sólo decir : «Mi Dios y mi todo», sentía gozo inefable y celestial.

San Francisco de Borja, en sus viajes de religioso, tuvo que acostarse muchas veces en un montón de paja, y experimentaba consolación tan grande, que le privaba del sueño. De igual manera, San Felipe Neri, desasido y libre de todas las cosas, no lograba reposar por los consuelos que Dios le daba en tanto grado, que decía el Santo: «Jesús mío, dejadme descansar.» El Padre jesuita Carlos de Lorena, de la casa de los príncipes de Lorena, a veces danzaba de alegría al verse en su pobre celda. San Francisco Javier, en sus

apostólicos trabajos de la India, descubríase el pecho, exclamando: «Basta, Señor, no más consuelo, que mi corazón no puede soportarle.» Santa Teresa decía que da mayor contento una gota de celestial consolación que todos los placeres y esparcimientos del mundo. Y en verdad, no pueden faltar las promesas del Señor, que ofreció dar, aun en esta vida, a los que dejen por su amor los bienes de la tierra, el céntuplo de paz y de alegría (Mt., 19, 29).

¿Qué vamos, pues, buscando? Busquemos a Jesucristo, que nos llama y dice (Mt., 11, 28): «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y abrumados, y Yo os aliviaré.» El alma que ama a Dios encuentra esa paz que excede a todos los placeres y satisfacciones que el mundo y los sentidos pueden darnos (Fil., 4, 7).

Verdad es que en esta vida aun los Santos padecen; porque la tierra es lugar de merecer, y no se puede merecer sin sufrir; pero, como dice San Buenaventura, el amor divino es semejante a la miel, que hace dulces y amables las cosas más amargas. Quien ama a Dios, ama la divina voluntad, y por eso goza espiritualmente en las tribulaciones, porque abrazándolas sabe que agrada y complace al Señor...

¡Oh Dios mío! Los pecadores menosprecian la vida espiritual sin haberla probado. Consideran únicamente, dice San Bernardo, las mortificaciones que sufren los amantes de Dios y los deleites de que se privan; mas no ven las inefables delicias espirituales con que el Señor los regala y acaricia. ¡Oh, si los pecadores gustasen la paz de que disfruta el alma que sólo ama a Dios! Gustad y ved —dice David (Sal. 33, 9)— cuán suave es el Señor. Comienza, pues, hermano mío, a hacer la diaria meditación, a comulgar con frecuencia, a visitar devotamente el Santísimo Sacramento; comienza a dejar el mundo y a entregarte a Dios, y verás cómo el Señor te da, en el poco tiempo que le consagres, consuelos mayores que los que el mundo te dio con todos sus placeres. Probad y veréis. El que no lo prueba no puede comprender cómo Dios contenta a un alma que le ama.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh amadísimo Redentor mío, cuan ciego fui al apartarme de Vos, Sumo Bien y fuente de todo consuelo, y entregarme a los pobres y deleznables placeres del mundo! Mi ceguedad me asombra; pero aún más vuestra misericordia, que con tanta bondad me ha sufrido. Con todo mi corazón os agradezco que me hayáis hecho conocer mi demencia y el deber que tengo de amaros todavía más. Aumentad en mí el deseo y el amor. Haced, ¡oh Señor infinitamente amable !, que, enamorado yo de Vos, contemple cómo no habéis omitido nada para que yo os amase, y para mostrar cuánto anheláis mi amor.

Si quieres, puedes purificarme (Mt., 8, 2). Purificad, pues, mi corazón, carísimo Redentor mío; purificadle de tanto desordenado afecto que impide os ame como quisiera amaros. No alcanzan mis fuerzas a conseguir que mi corazón se una solamente a Vos, y a Vos sólo ame. Don ha de ser este de vuestra gracia, que logra cuanto quiere. Desasidme de todo; arrancad de mi alma todo lo que a Vos no se encamine, y hacedla 8 vuestra enteramente.

Me arrepiento de cuantas ofensas os hice, y propongo consagrar a vuestro santo amor la vida que me reste. Mas Vos lo habéis de realizar. Hacedlo por la Sangre que derramasteis para mi bien con tanto amor y dolor. Sea gloria de vuestra omnipotencia hacer que mi corazón, antes cautivo de terrenales afectos, arda desde ahora en amor a Vos, ¡oh Bien infinito!...

¡Madre del Amor hermoso!, alcanzadme con vuestras súplicas que mi alma se abrase, como la vuestra, en caridad para con Dios.

VIGESIMOSEGUNDA CONSIDERACIÓN

DE LOS MALOS HÁBITOS

Impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.
El impío, después de haber llegado a lo profundo de los pecados, no hace caso.

Pr., 18, 3.

PUNTO PRIMERO
Los malos hábitos ciegan la inteligencia.

Una de las mayores desventuras que nos acarreó la culpa de Adán es nuestra propensión al pecado. De ello se lamentaba el Apóstol, viéndose movido por la concupiscencia hacia el mismo mal que él aborrecía: «Veo otra ley en mis miembros que... me lleva cautivo a la ley del pecado» (Ro., 7, 23). De aquí procede que para nosotros, infectos de tal concupiscencia y rodeados de tantos enemigos que nos mueven al mal, sea difícil llegar sin culpa a la gloria.

Reconocida esta fragilidad que tenemos, pregunto yo ahora: ¿Qué diríais de un viajero que debiendo atravesar el mar durante una tempestad espantosa y en un barco medio deshecho, quisiera cargarle con tal peso, que, aun sin tempestades y aunque la nave fuese fortísima, bastaría para sumergirla?...

¿Qué pronóstico formarías sobre la vida de aquel viajero? Pues pensad eso mismo acerca del hombre de malos hábitos y costumbres, el cual ha de cruzar el mar tempestuoso de esta vida, en que tantos se pierden, y ha de usar de frágil y ruinosa nave, como es nuestro cuerpo, a que el alma va unida.

¿Qué ha de suceder si la cargamos todavía con el peso irresistible de los pecados habituales? Difícil es que tales pecadores se salven, porque los malos hábitos ciegan el espíritu, endurecen el corazón y ocasionan probablemente la obstinación completa en la hora de la muerte. Primeramente, el mal hábito nos ciega. ¿Por qué motivo los Santos pidieron siempre a Dios que los iluminara, y temían convertirse en los más abominables pecadores del mundo? Porque sabían que si llegaban a perder la divina luz podrían cometer horrendas culpas. ¿Y cómo tantos cristianos viven obstinadamente en pecado, hasta que sin remedio se condenan? Porque el pecado los ciega, y por eso se pierden (Sb., 2, 21). Toda la culpa lleva consigo ceguedad, y acrecentándose los pecados, se aumenta la ceguera del pecador. Dios es nuestra luz, y cuanto más se aleja el alma de Dios, tanto más ciega queda. Sus huesos se llenarán de vicios (Jb., 20, 11).

Así como en un vaso lleno de tierra no puede entrar la luz del sol, así no puede penetrar la luz divina en un corazón lleno de vicios. Por eso vemos con frecuencia que ciertos pecadores, sin luz que los guíe, andan de pecado en pecado, y no piensan siquiera en corregirse. Caídos esos infelices en oscura fosa, sólo saben cometer pecados y hablar de pecados; ni piensan más que en pecar, ni apenas conocen cuán grave mal es el pecado. «La misma costumbre de pecar—dice San Agustín—no deja ver al pecador el mal que nace.» De suerte que viven como si no creyesen que existe Dios, la gloria, el infierno y la eternidad.

Y acaece que aquel pecado que al principio causaba horror, por efecto del mal hábito no horroriza luego. «Ponlos como rueda y como paja delante del viento» (Sal. 82, 14). Ved, dijo San Juan, con qué facilidad se mueve una paja por cualquier suave brisa; pues también veremos a muchos que antes de caer resistían, a lo menos por algún tiempo, y combatían contra las tentaciones; mas luego, contraído el mal hábito, caen al instante en cualquier tentación, en toda ocasión de pecar que se les 11 ofrece. ¿Y por qué? Porque el mal hábito los privó de la luz.

Dice San Anselmo que el demonio procede con ciertos pecadores como el que tiene un pajarillo aprisionado con una cinta; Le deja volar, pero cuando quiere lo derriba otra vez en tierra. Tales son, afirma el Santo, los que el mal hábito domina.

Y algunos, añade San Bernardino de Sena, pecan sin que la ocasión les solicite. Son, como dice este gran Santo (T. 4, serm. 15), semejantes a los molinos de viento, que cualquier aire los hace girar, y siguen volteando, aunque no haya grano que moler, y aun a veces cuando el molinero no quisiera que se moviesen. Estos pecadores —observa San Juan Crisóstomo— van forjando malos pensamientos sin ocasión, sin placer, casi contra su voluntad, tiranizados por la fuerza de la mala costumbre.

Porque, como dice San Agustín, el mal hábito se convierte luego en necesidad (2). La costumbre, según nota San Bernardo, se muda en naturaleza. De suerte que, así como al hombre le es necesario respirar, así a los que habitualmente pecan y se hacen esclavos del demonio, no parece sino que les es necesario el pecar. He dicho esclavos, porque los sirvientes trabajan por su salario; mas los esclavos sirven a la fuerza, sin paga alguna. Y a esto llegan algunos desdichados: a pecar sin placer ni deseo.

«El impío, después de haber llegado a lo profundo de los pecados, no hace caso» (Pr., 18, 3). San Juan Crisóstomo explica estas palabras refiriéndolas al pecador obstinado en los malos hábitos, que, hundido en aquella sima tenebrosa, desprecia la corrección, los sermones, las censuras, el infierno y hasta a Dios: lo menosprecia todo, y se hace semejante al buitre voraz, que por no 12 dejar el cadáver en que se ceba, prefiere que los cazadores le maten.

Refiere el P. Recúpito que un condenado a muerte, yendo hacia la horca, alzó los ojos, y por haber mirado a una joven consintió en un mal pensamiento. Y el P. Gisolfo cuenta que un blasfemo, también condenado a muerte, profirió una blasfemia en el mismo instante en que el verdugo lo arrojaba de la escalera para ahorcarle. Con razón, pues, nos dice San Bernardo que de nada suele servir el rogar por los pecadores de costumbre, sino que más bien es menester compadecerlos como a condenados. ¿Querrán salir del precipicio en que están, si no le miran ni le ven? Se necesitaría un milagro de la gracia. Abrirán los ojos en el infierno, cuando el conocimiento de su desdicha sólo ha de servirles para llorar más amargamente su locura.

AFECTOS Y PETICIONES

Me habéis, Señor y Dios mío, agraciado con vuestros beneficios, favoreciéndome más que a otros, y yo, en cambio, os colmé de ofensas, injuriándoos más que todos... ¡Oh herido Corazón de mi Redentor!, que en la cruz tan afligido y atormentado fuiste por la perversión de mis culpas: concédeme, por tus méritos, profundo conocimiento y dolor de mis pecados...

¡Ah Jesús mío! Lleno estoy de vicios; mas Vos sois omnipotente y bien podéis llenar mi alma de vuestro santo amor. En Vos, pues, confío, porque sois de la misma bondad y misericordia infinitas.

Duélame, Soberano Bien, de haberos ofendido, y quisiera haber muerto antes de haber pecado. Olvídeme de Vos, pero Vos no me habéis olvidado; lo reconozco por la luz con que ilumináis ahora mi alma. Y ya que me dais esa divina luz, concededme también fuerza para serviros fielmente. Resuelvo preferir la muerte antes que apartarme de Vos, y pongo en vuestro auxilio todas mis esperanzas. In te Domine, speravi, non confundar in aeternum. En Vos espero, Jesús mío, que no he de verme otra vez en la confusión de la culpa y privado de vuestra gracia.

A Vos también me encomiendo, ¡oh María, Señora nuestra! In te, Domina, speravi, non confundar in aeternum. Por vuestra intercesión confío, ¡oh Esperanza nuestra!, que no me veré más en la enemistad de vuestro divino Hijo. Rogadle que me envíe la muerte antes que permita esta suma desgracia.

PUNTO SEGUNDO
Los malos hábitos endurecen el corazón.

Otro efecto de los malos hábitos es que endurecen el corazón, permitiéndolo Dios justamente como castigo de la resistencia que se opone a sus llamamientos. Dice el Apóstol (Ro., 9, 18) que el Señor «tiene misericordia de quien quiere, y al que quiere, endurece». San Agustín explica este texto, diciendo que Dios no endurece de un modo inmediato el corazón del que peca habitualmente, sino que le priva de la gracia como pena de la ingratitud y obstinación con que rechazó la que antes le había concedido; y en tal estado el corazón del pecador se endurece como si fuera de piedra.

«Su corazón se endurecerá como piedra, y se apretará como yunque de martillador» (Jb., 41, 15). De este modo sucede que mientras unos se enternecen y lloran al oír predicar el rigor del juicio divino, las penas de los condenados o la Pasión de Cristo, los pecadores de ese linaje ni siquiera se conmueven. Hablan y oyen hablar de ello 14 con indiferencia, como si se tratara de cosas que no les importasen; y con este golpear de la mala costumbre, la conciencia se endurece cada vez más (Jb., 41, 15). De suerte que ni las muertes repentinas, ni los terremotos, truenos y rayos, lograrán atemorizarlos y hacerles volver en sí; antes les conciliarán el sueño de la muerte, en que, perdidos, reposan. El mal hábito destruye poco a poco los

remordimientos de conciencia, de tal modo, que, a los que habitualmente pecan, los más enormes pecados les parecen nada. Pierden, pecando, como dice San Jerónimo, hasta ese cierto rubor que el pecado lleva naturalmente consigo.

San Pedro los compara al cerdo que se revuelca en el fango (2 P., 2, 22), pues así como este inmundo animal no percibe el hedor del cieno en que se revuelve, así aquellos pecadores son los únicos que no conocen la hediondez de sus culpas, que todos los demás hombres perciben y aborrecen. Y puesto que el fango les quitó hasta la facultad de ver, ¿qué maravilla es, dice San Bernardino, que no vuelvan en sí, ni aun cuando los azota la mano de Dios? De eso procede que, en vez de entristecerse por sus pecados, se regocijan, se ríen y alardean de ellos (Pr., 2, 14).

¿Qué significan estas señales de tan diabólica dureza?, pregunta Santo Tomás de Villanueva. Señales son todas de eterna condenación. Teme, pues, hermano mío, que no te acaezca lo propio. Si tienes alguna mala costumbre, procura librarte de ella ahora que Dios te llama. Y mientras te remuerda la conciencia, regocíjate, porque es indicio de que Dios no te ha abandonado todavía. Pero enmiéndate y sal presto de ese estado, porque si no lo haces, la llaga se gangrenará y te verás perdido.

AFECTOS Y PETICIONES

¿Cómo podré, Señor, agradeceros debidamente todas las gracias que me habéis concedido? ¡Cuántas veces me habéis llamado, y yo he resistido! Y en lugar de serviros y amaros por haberme librado del infierno y haberme buscado tan amorosamente, seguí provocando vuestra indignación y respondiendo con ofensas. No, Dios mío, no; harto os he ofendido, no quiero ultrajar más vuestra paciencia. Sólo Vos, que sois Bondad infinita, habéis podido sufrirme hasta ahora. Pero conozco que, con justa razón, no podréis sufrirme más.

Perdonadme, pues, Señor y Sumo Bien mío, todas las ofensas que os hice, de las cuales me arrepiento de todo corazón, proponiendo no volver a injuriaros... ¿He de seguir ofendiéndoos siempre?... Aplacaos, pues, Dios de mi alma, no por mis méritos, que sólo valen para eterno castigo, sino por los de vuestro Hijo y Redentor mío, en los cuales cifro mi esperanza.

Por amor de Jesucristo, recibidme en vuestra gracia y dadme la perseverancia en vuestro amor. Desasidme de los afectos impuros y atraedme

por completo a Vos. Os amo, Soberano Señor, excelso amante de las almas, digno de infinito amor... ¡Oh, si os hubiese amado siempre!...

María, Madre nuestra, haced que no emplee la vida que me resta en ofender a vuestro divino Hijo, sino en amarle y en llorar los pecados que he cometido.

PUNTO TERCERO
Los malos hábitos conducen a la impenitencia final.

Perdida la luz que nos guía, y endurecido el corazón, ¿es extraño que el pecador tenga mal fin y muera obstinado en sus culpas? (Ecl., 3, 27). Los justos andan por el camino recto (ls., 26, 7), y, al contrario, los que pecan habitualmente caminan siempre por extraviados senderos. Si. se apartan del pecado por un poco de tiempo, vuelven presto a recaer; por lo cual San Bernardo les anuncia la condenación.

Querrá tal vez alguno de ellos enmendarse antes que le llegue la muerte. Pero en eso se cifra precisamente la dificultad: en que el habituado a pecar se enmiende aun cuando llegue a la vejez. «El mancebo, según tomó su camino —dice el Espíritu Santo (Pr.t 22, 6)—, aun cuando se envejeciere, no se apartará de él.» Y la razón de esto —dice Santo Tomás de Villanueva— consiste en que nuestras fuerzas son harto débiles, y, por tanto, el alma privada de la gracia no puede permanecer sin cometer nuevos pecados.

Y, además, ¿no sería enorme locura que nos propusiéramos jugar y perder voluntariamente cuanto poseernos, esperando que nos desquitaríamos en la última partida? Pues no es menos necedad la de quien vive en pecado y espera que en el postrer instante de la vida lo remediará todo. ¿Puede el etíope mudar el color de su piel, o el leopardo sus manchas? Pues tampoco podrá llevar vida virtuosa el que tiene perversos e inveterados hábitos (Jer., 13, 23), sino que al fin se entregará a la desesperación y acabará desastrosamente sus días (Pr., 28, 14).

Comentando San Gregorio aquel texto del libro de Job (16, 15): «Me laceró con herida sobre herida; se arrojó sobre mí como gigante», dice: Si alguno se ve asaltado por enemigos, aunque reciba una herida, suele quedarle quizá aptitud para defenderse; pero si otra y más veces le hieren, va perdiendo las fuerzas, hasta que, finalmente, queda muerto. Así obra el pecado. En la primera, en la segunda vez, deja alguna fuerza al pecador (siempre por medio de la gracia que le asiste); pero si continúa pecando, el pecado se conviene en

gigante; mientras que el pecador, al contrario, cada vez más débil y con tantas heridas, no puede evitar la muerte. Compara Jeremías (Jm., 33, 53) el pecado con una gran piedra que oprime el espíritu; y tan difícil —añade San Bernardo— es convertirse a quien tiene hábito de pecar, como al hombre sepultado bajo rocas ingentes y falto de fuerzas para moverlas, el verse libre del peso que le abruma.

¿Estoy, pues, condenado y sin esperanza?..., preguntará tal vez alguno de estos infelices pecadores. No, todavía no, si de veras quieres enmendarte. Pero los males gravísimos requieren heroicos remedios. Hallase un enfermo en peligro de muerte, y si no quiere tomar medicamentos, porque ignora la gravedad del mal, el médico le dice que, de no usar el remedio que se le ordena, ha de morir indudablemente. ¿Qué replicará el enfermo? «Dispuesto me hallo a obedecer en todo... ¡Se trata de la vida!» Pues lo mismo, hermano mío, has de hacer tú. Si incurres habitualmente en cualquier pecado, enfermo estás, y de aquel mal que, como dice Santo Tomás de Villanueva, rara vez se cura. En gran peligro te hallas de condenarte.

Si quieres, sin embargo, sanar, he aquí el remedio. No has de esperar un milagro de la gracia. Debes resueltamente esforzarte en dejar las ocasiones peligrosas, huir de las malas compañías y resistir a las tentaciones, encomendándote a Dios.

Acude a los medios de confesarte a menudo, tener cada día lectura espiritual y entregarte a la devoción de la Virgen Santísima, rogándole continuamente que te alcance fuerzas para no recaer. Es necesario que te domines y violentes. De lo contrario, te comprenderá la amenaza del Señor: Moriréis en vuestro pecado (Jn., 8, 21). Y si no pones remedio ahora, cuando Dios te ilumina, difícilmente podrás remediarlo más tarde.

Escucha al Señor, que te dice como a Lázaro: Sal afuera. ¡Pobre pecador ya muerto! Sal del sepulcro de tu mala vida. Responde presto y entrégate a Dios, y teme que no sea éste su último llamamiento.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! ¿He de aguardar a que me abandonéis y enviéis al infierno? ¡Oh Señor! Esperadme, que me propongo mudar de vida y entregarme a Vos. Decidme qué debo hacer, pues quiero ponerlo por obra... ¡Sangre de Jesucristo, ayúdame! ¡Virgen María, abogada de pecadores, socórreme! ¡Y

Vos, Eterno Padre, por los méritos de Jesús y María, tened misericordia de mí! Me arrepiento, ¡oh Dios infinitamente bueno!, de haberos ofendido, y os amo sobre todas las cosas. Perdonadme, por amor de Cristo, y concededme el don de vuestro amor, y también gran temor de mi condenación eterna, si volviese a ofenderos.

Dadme, Dios mío, luz y fuerzas, que todo lo espero de vuestra misericordia. Ya que tantas gracias me otorgasteis cuando viví alejado de Vos, muchas más espero ahora, cuando a Vos acudo resuelto a que seáis mi único amor. Os amo, Dios mío, mi vida y mi todo. Os amo a Vos también, Madre nuestra María; en vuestras manos encomiendo mi alma para que con vuestra intercesión la preservéis de que vuelva a caer en desgracia de Dios.